

RAMÓN BUENAVENTURA

# LOS POEMAS DE LEÓN AULAGA<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Libro incluido en la novela *El año que viene en Tánger*, Madrid, Editorial Debate, 1998.

*Libros Tauro*  
*[www.LibrosTauro.com.ar](http://www.LibrosTauro.com.ar)*

## 1. CONFESIÓN PRIMERA

*Vixi puellis nuper idoneus  
et militavi non sine gloria.*  
Quinto Horacio Flaco<sup>2</sup>.

**L**as **mujeres** me tienen la memoria poblada.  
De mi existencia entera,  
sólo recuerdo  
las mujeres.  
Los vestigios de mí que podrían valer  
para reconstruirme  
están en sus cabezas.

Conozco las ciudades  
y logro sostener unos cuantos amigos,  
también.

En la ambientación de mis imágenes retrospectivas se hace abundante empleo de calles y casas y jardines y bares y luces nocturnas y vistas vastas de las urbes.

Desde lugar alzado, para que resulte técnicamente posible la panorámica.

En **ROMA** nos vale un café volador que hay o no hay nada más subir las escaleras de la Piazza Spagna, a manizquierda.

Madrid no queda bien desde lo alto: o miente tejas pueblerinas (de imposible imaginación para el profano transeúnte) o se exagera en un zipizape de desniveles sin intención ni arte discernible.

**PARIS** miramos de punta a punta, y el río la sujeta contra el suelo, como a una doncella en el altar de sacrificio, debatiéndose, tratando de esquivar el cuchillo del héroe mantenedor de la honra; y los ojos la sienten. Es mía y es culpable.

De **Londres** nada supe (nunca, ni siquiera recién regresado de alguna visita: sólo existe en publicaciones especializadas; o

---

<sup>2</sup> *Viví de las mozas hasta ahora al servicio / y no sin gloria milité.* Son versos de la Oda XXVI del Libro III. Propongo una traducción muy literal, pero creo que el latín hay que traducirlo muy literal, sobre todo al castellano, que resiste bravísimas torceduras por hipébaton.

en barrios sin ingleses).

Manhattan reclama el periplo en un pequeño vapor cargado de turistas muy feos y una chica bellísima, de pronto, con la sien apoyada en el ojo de buey.

En **Lisboa** el camino se va ensanchando, siempre, por lo altísimo y blanco y coraje y hazaña y expedición al horizonte.

Las verdaderas ciudades mediterráneas van todas cuesta abajo y se asoman al mar por callejuelas como poternas (buganvillas y el taller de un pintor mallorquín, Julio Ramis, con dos hijas antitéticas —Jerónima y Herminia—, tan francesas, tan rotundas, con tanta separación en la mirada<sup>3</sup>).

Las ciudades atlánticas de Europa estiran hacia el océano sus calles palmeadas, aguardando el retorno de las naves sobrevivientes (algunas regresaron para mal).

A **Eivissa** la amé con arrebatado de recién nativo y no voy a cuajarla en tarjeta postal; no era mía: le debo cuerpos hermosísimos, cuya nostalgia persiste en mis dedos; le debo delicias en el ánimo.

**Taormina** me trae recuerdos tambaleantes de *bellezza*, de fotografía al cielo sobreexpuesto, en el Teatro Griego, con el Etna por telón de fondo, o en el balcón de un restaurante, a dos o tres mil metros sobre el nivel del mar, con la playa en lo más profundo de la perspectiva, tratando de entenderme en catalán chapurreado con los nativos, mientras la bella tenista me acuciaba el afecto con el pie, por debajo de la mesa.

AΘΗΝΑΙ, claro, a qué emborronar la evidencia, es una ingenua aglomeración de edificios modernos que veneran la Acrópolis y andando a paso fuerte en pos de dos mujeres coléricas, recién fumadas las puntas de la marijuana; y la puesta de sol sobre el vinoso ponto, que decía Homero.

En **TÚNEZ** hay una alcazaba pulcra, un restaurante donde saben freír el pescado, otro donde preparan cordero al cántaro, una enloquecida carretera que parte hacia Djerbaa o, más al sur, hacia el Sahara Hilton (media botella de ron por cubalibre; o ni gota, a veces).

Otras: buscando los canales de Rimbaud por Copenhague, llorando por la muerte del caos en la ciudad de México, es-

---

<sup>3</sup> Es verdad que, antaño, las españolas *civilizadas* solían llevar en los ojos un resplandor de orgullo liberto inabordable. Hermoso de ver.

ponjándonos los músculos como mamíferos al sol en San Francisco, las islas inhumanas, insoportablemente tiernas, del Pacífico, dentro del vientre de una bala disparada hacia Tokyo, los sabores de Tánger en tantas costas dulces (siempre las lágrimas) y la terrible soledad del extranjero en los poblachones norteamericanos.

**Mi ciudad más soñada me existió demasiado y ya no existe.**

Amigos no nombro. Ninguno muy antiguo.

Yo no viví niñez, no la tengo grabada, no está en ninguna parte con acceso.

Me sé de a coro los nombres de mis compañeros de todos los cursos de Lycée e Instituto, con su apellido o sus dos apellidos (varios, en un caso: Fernández de Tacadilla y Cardenal Motilla de los Bríos), pero no me apetecería encontrarme con ninguno de ellos en ninguna calle de ninguna parte.

No sabría de qué hablar, porque aborrezco las plantillas de la nostalgia.

Jamás compartí los disfrutes ajenos.

De muy joven, haciendo deporte, quizá, un poco, a veces, alguna que otra tarde.

De todo aquel tiempo sólo a las chicas me encantaría volver a ver. A diez o doce. A casi todas. Precisamente a Marina, por ejemplo. El nombre es real.

También hay amigos más recientes, provisionales, de los que mudan con la circunstancia.

El más veterano se remonta al principio de mi vida.

Los más modernos son de hogaño.

Están bien, cuando faltan mujeres.

Sólo las mujeres cuentan, importan, determinan, conviven, confluyen, consienten, colaboran, inciden, ordenan, iluminan, alumbran.

Sólo las mujeres son amigos para la intensidad.

**L**as **mujeres** me tienen la memoria poblada.  
De mi existencia entera,  
sólo recuerdo  
las mujeres.  
Los vestigios de mí que podrían valer  
para reconstruirme  
están en sus cabezas.  
Y en la mía sus claves.

Abracadabra de los nombres.

## 2. PROMESA CUMPLIDA (DE NO CUMPLIR)

(I)

« Never trust anyone over thirty ».  
Jack Weinberg  
(aunque fue Mario Savio quien popularizó la frase).

Llevo **29** años sin verte,  
pero sé que en la cuesta del sol, desde la playa, contra la tapia  
blanca de un solar apestoso,  
hicimos **2** promesas:

la **1ª** salió demasiado solemne  
(« para siempre es igual que un sollozo, un adelanto de la pena »,  
dijiste tú: « *Forever is like a sob; a forerunner of sorrow* »);

la **2ª** era frívola y joven; y confirma  
hasta qué grado es peligroso travesear con la ingenuidad, pen-  
sando que no hay riesgo en los deseos, que podemos ansiar  
la maravilla que mejor nos cuadre en el momento, ya que  
lo bello no sobrevive en contacto con la verdad.

Confío mucho en ti, porque he tenido varios lustros para olvi-  
darte,  
y sé que tú tampoco has querido cumplir los 30 años.

Sé que ninguno de nosotros cumplirá jamás los 30 años,  
por más que nos acucien los siglos inminentes, sin tribus y sin  
señas que nos identifiquen.

Ni tú, ni yo,  
ni quienes fuimos tan **NOSOTROS** sin dejar de creer en la comunión  
básica del Universo y en la identidad esencial de todos los  
seres (sin dejar de creer en tremendas palabras tremendas,  
como ternura y Woodstock y **all you need is love** y  
**VIVA LA REVOLUCION** (televisada en directo),  
ni tú, ni yo, ni nosotros,  
cumpliremos jamás los 30 años.





o temprano incurriremos en la susodicha distracción,  
nos quedaremos con la guardia gacha,  
absortos en cualquiera calcula qué transcendencia,  
y empezará a corrérse nos la textura del tiempo,  
hasta las ingles,  
echándonos a perder la compostura.

Alguna vez dejaremos de pensar todo el rato en el fornicio, desde  
que nos despertamos hasta que nos dormimos,  
y perderemos la erección o la humedad  
(a cada cual lo suyo).

Pero jamás cumpliremos los 30 años.

**J**amás      **J**amás      **J**amás

**Antes la infancia.**

### 3. BIKINIS Y SOMBRILLAS (II)

**N**o es ni mucho menos tan sencillísimo como podría parecer a  
 los más ignorantes,  
 pero el río pronuncia la necesidad del mar,  
 repuliendo los soles de París,  
 llenándole los muelles de sombrillas y arena,  
 de mozas con las tetas exhibidas  
 y bikinis de pierna alargada.  
 La recuerdo  
 con minucia  
 con todo el tiempo tupido e inagotable  
 en que solemos enmarañarnos los viajeros de negocios cuando  
 las oficinas cierran y nos manumiten nuestras amas crueles,  
 las *charming* Relaciones Públicas,  
 desde un hotel que domina y somete a visión cinematográfica el  
 Central Park inmune a la parcelación y la añagaza urbanística,  
 y recorriendo a las dos de la madrugada las enormes aceras va-  
 cías de Manhattan,  
 y junto al gigante negro que me ofrece su great shit, man, fucking good, sin  
 apenas amenazarme (pero doy un respingo justificado por el  
 guión),  
 frente a la chica de la cafetería con los colores destartalados que  
 me llama honey sin asomo de amor, como quien dice escucha lo  
 que quieres oír, you motherfucker, que para eso pagas tu agua aca-  
 fetada y tu sandwich —eso sí: mucho más americano que los  
 europeos americanos, admitámoslo;  
 bajo la plana fascinación de los reflejos en los rascacielos de  
 cristal.  
 Y todo triangula. La recuerdo viviéndola en plena fabricación de  
 la memoria, de siempre o casi siempre, alternándonos volú-  
 menes del *Alexandria Quartet* en el piso del Faubourg Mont-  
 martre, quizá el mismísimo edificio en que murió anónimo  
 aquel uruguayo llamado Isidoro Ducasse a quien conocí una  
 noche en el tabanco callejero de una librería del Boulevard  
 Saint-Michel y que, desde su absoluta inocencia de criollo —  
 que tan bien comprendo— introdujo la maldad en las metáfo-  
 ras (digamos el encuentro de una sombrilla verde con un bi-  
 kini rojo sobre la cama de un hotelucho),  
 peleándome a voces con tu voz mientras bajábamos un puerto en-

loquecido tras un camión demente que conducía un hombre con el pasamontañas calado hasta la barbilla (es verdad), pasando juntos por el periplo turístico en torno a la Nueva Capri de los Tiberios billonarios, mientras alguien nos filma por cortesía desde cualquier grúa portuaria (barrido bien barrido), y yo me asombro de la ruina en derredor y de la estrepitosa belleza del Poniente, tan largo, tan chorreado, con tanta proyección al infinito,

todo se vuelve las ciudades centrales, las únicas posibles en la memoria.

Y tú que las constelaste, en el verano de tu carne blanquísima, sobre la panza del desdichado Anteo, mirando todas y cada una de las seis mil estrellas.

Todas y cada una de las seis mil estrellas que nunca nunca más he vuelto a ver, en ninguna ciudad.

Pasados 30 años sin cumplir 30 años, ahora, en el mejor hotel de Nueva York, qué menos, sabiendo que estás muy cerca, en este mismo continente, y sin buscarte,

ya no sabría qué quererte decir

#### 4. MOTIVO DE IMPOSIBLE

Con la grave quietud de las lámparas colgantes.

«Hola.

Contesta.

Son sollozos  
lo que escuchas.

Te llamo desde la orilla.

Ya no caben más naufragos  
en la playa...

Ya no me alcanza el tiempo para contar lo visto y aprendido:  
sólo me quedan frases sueltas, divisas, eslóganes.

Por ejemplo: **CONFÍA EN LO IMPOSIBLE.**

Siempre.

No lo consigues,  
pero ganas noblezas.»

Con la grave quietud de las lámparas  
se te cuelga el futuro por el cuello.

## 5. DE ONTEM PRA HOJE (POEMA INESCROTABLE)

La ¡poe! no está ¡sía!  
para entenderse, sino

para obediencia

o

el CALAMBRE (finísimo)

o

bâbabâ bâbabâ

de la deslengua del reptil.

Todos llevamos dentro, con ganas de escribir, una vieja alimaña complacida de sus genes. Hay que entendella.

Perdón: me he distrahuido.

Son las cinco de la mañana y el estrépito cuyos ritmos se me reticulan enredan en la cabeza contraviene las normas del reloj: auriculares. Uma canção de Toquinho: «Sem enredo», por favor.

Una vieja alimaña, comprendes, por desde el tiempo.

Se expresa extrayéndose las sensaciones previas a la traición de los filósofos, llámese ideas abstractas. No No No No No No No No No nada de <sup>in</sup><sub>sub</sub>conscientes, por favor, yo nunca he tenido esas guarradas por debajo de dentro, como dice aquél. Lo <sup>in</sup><sub>sub</sub>consciente es lo previo al lenguaje. Ahí lo tienes: lo inescrotable. «Noite longa». Atrancado en el pecho, tanto tanto.

Comprendes que *ino!*

para qué quiero yo que comprendas.

Para qué te voy a insultar con la más burguesa e impropia y mezquina de las cortesías poéticas, la claridad de los filósofos. Lástima no saber cantidad portugués suficiente escribir dicha lengua.

Mí querer como música decir materias primas.

No compatho, por otro pathos, la theoría de la supremachía de la razzia blanka o Tarzán: hay una etíope USA por ahí que me entusiasma el sistema limphático, por ejemplo, y no por su aspecto físico, sino por la potencia extraordinaria de su mente. Como el guitarheo picantísimo de esta versión instrumental de

«La barca» que, clãââro, me chapotea en la adolescencia que no viví porque yo **¡nunca nunca nunca!** me marqué boleros con ninguna noviecita de las de cunículo empapado, en las metemaneñas de la capital manchega oh hijo del rock rock **rock** (contábanme —me siguen contando— los madrileños, ahora que son *madrilenians* y se pavonean al meneo de su legendaria movida).

Pero de veras, incomprendible, me llaman incomprendible, no escucho hablar de otra cosa.

Qué maravilha, Toquitoqui. La guitarra me pende de la oreja izquierda, cimbreada, y la percusión, acezante, de la oreja derecha (más una trompeta, agora, subitánea). «Tenemos veintipocos años y poco tiempo para pensar», dice el hombre, en portugués.

Me lloresta que nomentendan, compañero, de veras. Me lloresta jodísimo. No te putas hacer fidea. Y eso que ahora me trisca una guitarra en cada pabellón, para lujo. Prefiero la *¡No!* Calláronse ambas cítaras y tararean labios pechudos.

Me molestísima que no se enteren. Yo que escribía puros hialinos cristales. Silencio. Violines (en portugués), dobrando a esquina: imaginemos ejércitos de violinistas a punto de doblar la esquina y darse de bruces con nosotros: *conusco*. La duda no es cuánto manda el poeta, sino cuánto queda, en los pocillos de la voluntad, cuando el lector se adentra en las sensaciones puestas con palabras. Ah, amigo mío.

Las sensaciones puestas con palabras.

L<sup>a</sup>s s<sup>e</sup>ns<sup>a</sup>ci<sup>o</sup>n<sup>e</sup>s p<sup>u</sup>est<sup>a</sup>s c<sup>o</sup>n p<sup>a</sup>l<sup>a</sup>br<sup>a</sup>s. Quitadas las vocales, la lengua pierde su precisión de prosa pro occidental y se tuernatorna poecisión de proesía pro oriental. Te estoy tirando de la pierna, te paseo en barco, esquerzo con tutte mis ganas.

Sé leer.

Pero detesto escribir marquetinerías sin cobrárselas a algún.

Adiós.

«Evocação a Jacob», whatever that means.

En mágico se piensa mucho en ti.

## 6. MEJOR AMIGO DE LAS 15:30

Ayer, a las 15:30, en Madrid (*of all places*) conocí a uno de mis mejores amigos.

Almorzábamos Macha y yo con el mandamás de una productora española,

para *discutir* —como se dice en ejecutivos— el rodaje de una adaptación local de la campaña francesa

de qué nos importa qué producto castizo de la Galia con no pocas posibilidades de introducción en Hispania,

aburridos y aborreciendo

[la húngara porque el caballero español le daba fuego con un mechero *clic* de orísimo en cuanto ella acercaba la mano a la pitillera austrohúngara, y menuda es Macha para dejarse acosar sexualmente, así, en horas de trabajo]

[yo porque yo; como siempre en España, con el carné de identidad pesándome tres siglos y cuarto en la cartera, deseando *¡no!* ser francés —hasta dónde íbamos a rebajar el listón—, pero sí cualquier otra cosa rara, como español nacionalizado yanqui y al servicio de la University of California Los Angeles<sup>UCLA</sup>, con posibilidad de gozar muchas muchas horas al día dando embestidas sobre un monopatín por el paseo marítimo de Venice, como si yo supiera conducir monopatines y como si Venice fuera algo más que la lectura de un libro espléndido y desconocido de una autora amadísima —socióloga, para más señas— que evidentemente no ha conseguido pasar de la primera novela. Pero a quién no le gusta un poco de bárbaro pagano en los músculos: las rodilleras, el casco, las coderas, un pantalón amoldado a las partes elásticas, los ojos de vándalo descubriendo el sur —y en la cabeza una mujer]

[y en la cabeza una mujer, repito]

[Me irrita España.

Avant, sous Franco, c'était bien simple.

On visitait, on méprisait le manque de toute chose élémentaire (*voire* la liberté, par exemple, ouf, furtout faut pas qu'on nous fauche la fiberté, aux exilés-lés-lés; *voire* l'envie de Grève Générale anti-Général; *voire* des filles avec un petit derrière sautillant sous la minijupe —une exclusivité parisienne ou presque... Cela dépendait des années, cahin caha: le début de la civilisation touristique, Carreró qui grimpe l'air,

l'Université qui approche 68 en 72, et puis, allez, il est mort, il faut tout recommencer, au moins d'un point de vue esthétique ou actitudinal), on se lavait les mains, on reprenait l'avion et on adorait l' Boul' Mich' y compris le grand noir qui s'y promène tout le temps avec de belles blondissimes plurifoutrables qu'il va baiser mainte fois cette nuit, avec son mythe précipuce, sin ir más lejos, et on se sentait l'héritier préféré de la Révolution, et ils sont chiants, les Français, mais ils ont quelque chose de bon, il faut le dire, ils se laissent envahir très gentiment, si vous n'êtes pas Jules César en particulier ou Prussien en général]

[Non, mais vraiment, avant, sous Franco<sup>4</sup>, era muchísimo más obligatorio volverse a Europa.

Ahora da igual y precisamente porque da igual, uno se pregunta «Puestos a detestar todo lo que nos rodea, en cualquier parte, ¿por qué no hacerlo en casa?». Pero voilà le hic de la question, es muchísimo mejor detestar en casa ajena, figúrese usted lo que me importa a mí que gane la enhiesta derecha en el XVI<sup>ème</sup> arrondissement, siempre que los croissants se mantengan en su adorable nivel de crujiencia y, sobre todo, siempre que las francesas sigan con esa inclinación suya, primero, a no ser francesas, y, segundo, a efectuar los gestos de la fecundación con todas las razas posibles, como si se sintieran culpables de la xenofobia y lo fascista de sus hombres, y, tercero, a ser tan personas en cuanto alguien les da oportunidad siendo persona junto a ellas —lo cual resulta extraordinariamente boquiabridor, teniendo en cuenta la Nación de que estamos hablando, pero normalito y pché, tratándose de mujeres, porque toítas son así en toítos

---

<sup>4</sup> « Antes, bajo Franco, era todo muy sencillo.

»Iba uno de visita, despreciaba la ausencia de las cosas más elementales (la libertad, por ejemplo, uf, tobre todo te no nos toquen la tibertad, a los exiliados; el deseo de Huelga General anti General; las chicas con el culillo saltarán debajo de la minifalda — exclusividad parisina, o casi... Iba por años: el comienzo de la civilización turística, Carrero trepando el aire, la Universidad acercándose al 68 en el 72, y luego, vamos allá, se muere, hay que volver a empezarlo todo, al menos desde el punto de vista estético o actitudinal), se lavaba uno las manos, cogía el avión de regreso y se ponía a adorar el Boulevard Saint-Michel, incluido el negrazo que por allí se pasea todo el tiempo con bellísimas rubísimas plurijodibles que piensa follarse esa misma noche, con su mito precipucio, sin ir más lejos, y se sentía uno el heredero favorito de la revolución, y son un asco, los franceses, pero algo bueno tienen, hay que decirlo, y es que se dejan invadir con mucha amabilidad, siempre que no sea uno Julio César en particular o prusiano en general]

» [No, de veras, antes, bajo Franco,»



los países del mundo,  
menos Malta

(yo siempre excluyo Malta de las listas: en todas partes hay buenos vinos, menos en; en todas partes hay paisajes hermosos, menos en; en todas partes hay gente simpática, menos en; en todas partes del Mediterráneo conducen por la derecha, menos en y quizá en Chipre. Etcétera. Me llevé un alegrón un día, leyendo las memorias de Anthony Burgess, cuando comprobé lo cuánto que coincidía en mi desamor por los islotezcos peñascosos)

(me estoy armando un lío con los paréntesis y los [], pero no me apetece releer)

Intentaba decir que el único momento en que el herpes congénito llamado España

(*donde se cría feroce la gente*)<sup>5</sup>

me pica sólo en ración tolerable

es cuando lejos.

Y mire usted que me he pasado la vida lejos, gracias al *Dio bendito*, como decían mis paisanos sefardíes (porque yo también guardo la llave de mi casa en el arcón).

Bueno, pues ayer conocí a uno de mis mejores amigos en la sobremesa de una chungu comida normal en restaurantes hispanos de lujo, donde la más principal hazaña es obedecer la cuenta.

Vino tarde, a la hora del café, por compromiso anterior.

Era el futuro director del anuncio en su adaptación española, y se interesaba tan poco por el proyecto que ni siquiera llegaba a comprender lo aconsejable del disimulo o del respeto de las normas (es decir que si jugamos al *Monopoly* hay que jugar todos al *Monopoly*, comprende usted, no me pague en billetes de verdad ni me mande flores a la cárcel; es jugar con trampaja).

Me pareció muy triste, como todos los hombres honrados e inteligentes.

Entiéndase: muy superadamente triste, como todos los hombres honrados e inteligentes; con señas de tristeza hasta en el modo de sentarse, pero contento de estar llegando a cada rato.

Con los ojos te dice: mira, yo soy de los que más le saco a esto, quiero decir a la vida —me parece a mí—, y sin embargo no

---

<sup>5</sup> Juan de Mena, *Laberinto de Fortuna*, 48.

puedo recomendártela sin reservas,  
suele estar fría,  
suele faltarle o sobrarle algún grano de especia, no se sabe de  
cuál,  
suelen levantártela de la mesa cuando estabas a punto de meterle  
la última cuchara, y se te llevan el bocado exquisito que reser-  
vabas para el final,  
comprendes,  
suele fallar donde reduele  
y acertar en las zonas menos inervadas de la voluntad y el deseo,  
donde lo mismo da pinchazo que caricia; la vida  
suele dejarse las escenas sin resolver, abiertas para siempre: aún  
no te ha dado tiempo de encontrar las palabras y ya han pa-  
sado treinta años desde el día en que tu gran amada se fue  
haciendo pequeña en al aire, dentro de un avión con destino a  
cualquier parte donde tú nunca estarás; la vida  
suele empeñarse en recados inútiles: que te ganes dinero, sobre  
todo, que te lo gastes en contribuir a que los demás se ganen  
dinero también,  
y luego cuando vas a contarle que has triunfado —señor, qué  
triumfo, cuántos millones, cuánta fama—, te pone cualquier  
excusa, como por teléfono o por fax, y te sugiere que deberías  
haberte señalado alguna otra meta más del espíritu,  
o al revés,  
cuando, qué noble, decides fracasar,  
y mira, nada, sólo violín (digamos, por disparate:  
la existencia entera aglomerada en la cada vez más sublime  
ejecución de una delicadísima sonata apenas conocida por el  
gran público que asiste a los conciertos)  
y dieciséis personas en la sala, con suerte,  
la vida te comunica que tus antiguos mejores amigos ganan lunas  
de oro cada mes —llenas, ça va sans dire—,  
y que nunca tendrás el automóvil  
que en el fondo  
—hijaputa—,  
te eriza las ganas.  
Bah.  
Así y todo,  
por tomarme esta copa contigo,  
aquí,  
ahora,

en este restaurante para trabajadores urbanos casi jóvenes y casi  
acaudalados

(España es lo *casi*, pero qué adelanto, comparado con *nunca*),  
ha merecido la pena nacer.

Te miente, el muy cabrón, pero no hay ninguna otra forma de ser  
el mejor amigo de alguien alguna tarde.

Y no te miente mucho, porque así,

a fuerza de mejores amigos, de máximos amores, de bellezas  
insuperables, de carcajadas irreversibles, de sufrimientos de-  
menciales,

de todas las exageraciones que nos acumulan los sentimientos,  
a ratos enormes,

resulta lo dicho: que no te puedo recomendar la vida sin reservas,  
pero que, mira, inténtalo tú.

A Macha también le gustó, aunque procuró dejármelo casi todo  
el rato.

A lo mejor le mando el vídeo con la versión original, que yo sí  
tengo, de una película llamada *Easy Rider*,

tan sagrada para nosotros que procuramos no volverla a ver, por-  
que es malísima,

y no conviene estropearla,

igual que no conviene —sólo porque la realidad sea el presente—  
estropear la tarde en que vivimos a pleno cielo del amor,

sin nubes,

en que vivimos todas las canciones preferidas de todos los  
adolescentes del mundo,

o en que hicimos un amigo para siempre un rato.

Sólo porque la realidad sea el presente.

Y es.

De ahí que los mejores amigos nunca nos acaben de recomendar  
la vida sin reservas.

Ningún mejor amigo.

Tampoco éste

que conocí

ayer a las 15:30

en punto y sobremesa.

«Nos vemos».

Veremos.

## 7. SEXUADOR COMÚN

He investigado en más, muchas más de C mujeres,  
exactamente CXXXV  
por ahora  
y qué me habré enseñado.

¿Humildad?

(Enrevesada forma del orgullo, la humildad.)

Una vez pasado por tantas unidades de mujer soy, ciertamente,  
mucho más doblable que cuando estaba en  
MUJER<sub>ix</sub>, por ejemplo.

Cuando estaba en MUJER<sub>ix</sub> vivía arrellanado en la sensación de  
dominar todos los resortes del mundo.

Más o menos.

Ahora ni siquiera recuerdo CXXXV rostros que me hayan mi-  
rado con algún interés.

El censo me restituye su estatura, los ojos, el pelo, el número de  
veces (en los supuestos de corta duración), la nacio-  
nalidad, el lugar del encuentro.

Yo qué sé.

Sí qué sé.

Pero cómo expresarlo.

Solamente los misóginos aprenden palabras viviendo con las mu-  
jeres.

Los súbditos

nos limitamos a observarlas y copiarles la sabiduría —en la me-  
dida de lo posible, de lo que autoriza el cromosoma  
extranumerario—,

sin pretender la teorización a partir del fenómeno.

Expresamos la fe por medio de nuestra devoción.

No comprendemos ni pensamos,

no investigamos las causas de nuestro impulso.

Y resultamos mejorados

tras cada comunión.

## 8. ABUELA

Los recuerdos acongojan, aprietan nudos en esa zona extraña donde parece residir el alternador de la angustia: entre la garganta y el corazón. ¿Para qué debatirse? ¿Cómo se concibe que este hombre de cincuenta y tres años tenga en la memoria la imagen de una chica de catorce inclinándose hacia él, sonriente, mientras le boquea la blusa y, en lo hondo, se le suben dos pechos acolinos, con una sombra en medio, hacia el vientre? Los ojos azules y la sonrisa de incisivos grandes. Todo levemente desenfocado o, quizá, con la luz mal distribuida... La muchacha era un año mayor que yo, del 39. Tiene, pues —si está viva, y no hay motivo para suponer que no—, cincuenta y cuatro años.

Abuela, seguramente. Abuela.

¿Nos gustaría charlar un rato con todos nuestros recuerdos, antes de la muerte? ¿Nos gustaría revivir unas cuantas escenas emblemáticas de la vida, antes de la muerte?

Sí.

## 9. CALAMBRE LEJANÍSIMO

Acababan de comunicarle que su trabajo temporal había terminado.

Comí con ella en un restaurantito tan gabacho y tan *chouette*, en el que refulgían como revoluciones inminentes sus ojos oscurísimos de tunecina.

Bromeamos.

Yo era un muchacho que empezaba, y carecía de poder para ordenar su readmisión inmediata e irrevocable.

Pagué yo, con la excusa de *qu'elle était en chômage*<sup>6</sup>.

Al salir, un minuto, se me colgó del brazo.

Percibí los mensajes de su cuerpo, que me estrujaban la respiración.

Nos despedíamos.

Vi que los pezones se le habían erguido bajo el jersey, duros, chivatos, abrumadores.

Adiós.

Caminé hacia el automóvil con el corazón buscando a tientas sus propias paredes.

No volvimos a vernos.

Ahora han pasado veintitantos años y todavía ese pequeño instante se me repite en la memoria, entero y sin asimilar.

Es curioso ser macho, Arqía.

(Y ahora mismo acabo de recordar tu nombre.)

---

<sup>6</sup> Ella estaba en paro.

## 10. «HACER EL AMOR»

Según estadísticas que quizá no engañen del todo, un hombre de mi edad (y algo menos botiondo que un reciente ganador del Premio Planeta español, según leo en la prensa furiosa de la Madre Patria) tiene derecho a cincuenta orgasmos fornicatorios anuales, más dos pajas. Lo de las dos pajas es curiosa invención, ¿verdad?

No sé. Sin alarde alguno, y sin necesidad de apelar a muchos testigos, aseguro que en los últimos doce meses he triplicado semejante promedio. Insisto: sin alarde; más bien con mucha perplejidad. Si algún otro estadístico o estudioso del sexo me solicitara una valoración subjetiva de mi varonía, me resultaría difícil contestarle, desde luego; pero no por falta de franqueza, sino de datos comparativos. Por si acaso, nunca me puntuaría muy por encima del aprobado.

No, no me contradigo. He dicho en un poema muy importante para mí que en mi memoria no hay más que mujeres, que de mi vida entera sólo recuerdo las mujeres y sólo las mujeres considero. Bien, pero sin comparar. No pretendo que mi sexo haya sido mejor que el sexo de los demás. ¿Qué perito me certificaría la valoración? ¿Qué me importa la valoración, en términos comparativos? Mi sexo, en general, ha sido bueno para mí. Tengo el currículo bien salpicado de fallos o frustraciones o como queramos designar el caso de meterse en carnes ajenas y no salir contento. Pasa. No una ni dos ni cuatro veces. Muchas. Es que...

Resulta casi imposible explicarse, encajado como está uno en el atolladero de falsedades o ideas postizas que nos dieron a guisa de educación. Si tenemos bien puesto el egoísmo macho — como cuadra —, casi de ninguna manera concebiremos la falta de éxito. El éxito consiste en penetrar a la hembra. *Un point, c'est tout*. Otra que pasa a prolongar la lista (ya hablaríamos de las listas, si me apeteciese).

Hay penetraciones y penetraiciones, claro. Todos somos conscientes de que es mejor no presumir de rapidez. Casi todos sa-

bemos, ya, que ni siquiera puede aconsejarse la presunción en materia de polvos echados en una sola tirada. Mi récord es ocho. Con Kimberley, cuando tenía veinticuatro años (yo; diecinueve, ella: qué delicia). Pero, claro, ahora recuerdo esa velada con auténtico bochorno. La chica me dijo, de madrugada:

— **A ver si aprendo a hacer el amor al modo europeo...**

Figúrese usted, oiga. Qué desastre.



## 11. MADAME LA MARQUISE<sup>7</sup>

La vida se me atasca.

Me he levantado muy temprano, hoy por la mañana, y me he sentado delante del ordenador, seguro y confiado, dispuesto a cualquier faena.

Aquí sigo.

No sé qué hacer.

No tengo nada importante que hacer.

Muchísimo trabajo, por supuesto, catorce o quince campañas publicitarias que agradecerían el añadido de mi pimentón creativo;

cartas que jamás responderé;

acuses de recibos acusados;

un fax recién irrumpido en que se me incita a acudir a un festival de cine publicitario en un remoto país donde sin duda alguna la publicidad debe de ser la única expresión de la libertad, porque siempre cabe elegir entre marcas, compadre (ni que decir tiene que me pagan todos los gastos y además un poquito de plata para solazarme la propensión marginal al enriquecimiento, que a todo el mundo se le supone, en estos años).

Pero no sé qué hacerme.

A las cinco y veinticinco de la madrugada, aquí, delante del ordenador, no sé qué hacerme.

Daño, quizá.

Qué tontería.

Qué dejarse llevar por las palabras.

Yo jamás he querido hacerme daño.

Pero será que todo el que no sabe qué hacer acaba haciéndose daño.

---

<sup>7</sup> El título de este poema se refiere a una canción francesa que dieron mucho por la radio en los años cincuenta (aunque procedía de las revueltas sociales de los años treinta) y cuyo estribillo era «tout va très bien, Madame la Marquise, tout va très bien, tout va très bien», todo va bien, señora marquesa, todo va la mar de bien. El cantante relataba una serie de tremendas calamidades, pero todo iba bien. Como pasa o pasaba en el Ejército español, con el automático «sin novedad».

## 12. POR MALA CAUSA

Se me escribe el poema, laborioso,  
al iniciar contactos con el cuerpo ofertado sin las comodidades  
exigibles:  
dentro del auto —botones en hilera—, las calzas, las llamadas  
braguitas  
(por arriba se empujan mucho más respondonas unas tetas sin se-  
ñas fascinantes, ligeras, con las aréolas granujas).

Repetido poema, laborioso,  
de maestrillo.  
Repetida también —tan cumplidora, tan rutinaria— la jadeante  
reacción: ya no embelecen  
como antaño  
los efectos sonoros ni los empujes corporales.  
Me los creo lo justo para darles la réplica.  
Nadie que vaya conociendo a las mujeres, una mujer, puede creer  
en sus propias hazañas venustas.  
Es material muy sólido.  
La mujer  
es material muy sólido.  
Apenas maleable.  
Repetido el poema, su escritura, laboriosa: cuando ya no se  
guarda la fe necesaria, la ingenuidad imprescindible para creer  
en versos recién hechos y recién recibidos con pasión.  
Se ejecuta.

**(Más tarde, en una cama, mejor  
mucho más cómodos.)**

### 13. TANGO TANGO

**L**a libertad adora el tango  
 porque luce los muslos de **E**lla, arrabaleros, en medias de cocotte o  
 princesa algo puta.

Doblados para encajar al macho.

Como las patas de una mantis.

(Mamboretá: ¿dónde Dios está?)

[La liberté: qué ingenua ha sido siempre,  
 igual que sus comadres,  
 égalité,  
 fraternité. ]

El tango va dejando crucecitas gamadas en el suelo según se baila.

Es el pueblo en sus bajos instintos coreografiados por la más fina y recia  
 aristocracia.

Es una coral de niños que se mueren de hambre acariciando las hebras de  
 plata de la santa madre, a la luz de la luna, también de plata, mien-  
 tras ella cuenta la plata que les queda, no muy lejos del Río de la  
 Plata, che. El padre se encuentra en paradero desconocido.

Es un crucero de putas que juegan a las cuatro esquinas, obedeciendo las  
 palmadas del chulo a sueldo del señor.

Es pecado que sólo y solo se describe, y jamás se comete —y pueden per-  
 donar las clases opulentas.

Es más postura que cuerpos.

Y no suda bastante.

## 14. WISHFUL THINKING

**EL HOMBRE CREADOR ES INMORTAL  
CUANDO LO AMAN  
LAS DIOSAS  
MÁS JÓVENES.**

## 15. HIMNO TÁURICO

Toro, torito, recentín, magüeto,  
utrero, novillejo, churro, añojo,  
choto, becerro, eral, cuatroño, jato,  
gateado, zaíno, capirucho,  
aguanés, bocinero, faldinegro,  
bragado, sirgo, cárdeno, lombardo,  
meleno, chorreado, caribello,  
siempre butiondo,  
siempre toriondo,  
el de la triple verga,  
avalador de hombrías,  
preñador de las vírgenes,

atríaca de obispos sodomitas,  
donador de  
testículos letales a reyes  
impotentes,  
talismán de la génesis con  
el semen sangriento,

toro,  
toro bravo,  
toro imposible, toro de artificio,  
salvado del ocaso de la raza  
para servir de tótem  
a una subraza pernicorta, enjuta,  
de caderas estrechas y cráneo restringido,  
de cutis entreclaro y pelo hirsuto,  
de tupida mollera impenetrable.

Toro.

¡Eh, toro!

Qué bonitos los machos vestidos de colores.

## 16. HIEROFANÍA

**D**entro del auto,  
congestionado  
ante el semáforo tardón rubí,  
observo  
que la rama del árbol (sicómoro grasiento, verde lavado cuántas  
veces, corteza leprosa; desmigándose)  
ya no tapa las luces colgadas del orden y la ley,  
como venía sucediendo  
estos últimos meses.  
Meto primera, pienso  
«se terminó el verano».

Sin caridad.  
Profundo.  
Preparando la muerte.

Se lo digo y sonrío, tan ella: «*Don't worry,*  
yo soy especialista en resolver inviernos».  
El ciclo.  
Semáforo.

Una inminencia de resurrección.

## 17. CANTIGA NUPCIAL <sup>N</sup>

Me casÉ con una enana, saleritío,  
pa jartarme de relí.

¶ Y yo que de siempre amé  
con las mujeres más altas...•

Era mona.  
*La jeune fille*  
*la plus jolie*  
*de la Sorbonne*<sup>8</sup>,  
por votación estudiantil.  
Compendiada y guapísima.

Yo tenía treinta y dos años, recién regresado de una isla donde el cerebro segrega sus drogas más beatas y un cretinismo pánfilo se va instalando como una idea madre en todos los capitostes del círculo vicioso dervichista, y venía dispuesto a atornillar la vida en mi renovado cargo empresarial.

No se me habían caído los bronces de aquellas playas de cuartito de estar, cuando ya dirigía un seminario en la universidad sobre *La publicité et son influence sur la perception contemporaine de la réalité*<sup>9</sup> (que la ejerce, la ejerce).

Ella tenía veintitrés y era una pulidísima doncella, con 18 carates de santo glámur tradicional.

Mitad española, mitad francesa, hija de un exiliado republicano —capitán de intendencia durante la guerra civil, si no entendí mal, porque nunca me quedaron muy claros los desempeños militares— y de su segunda mujer, profesora de *Lycée* en uno de esos barrios periféricos de París que sólo Rohmer conoce, o va inventando para sus películas, y no se parecen a ninguna pesadilla catalogada, pero tampoco a los sueños de nadie.

Me despabiló inmediatamente la voluntad de cazador.

<sup>8</sup> « La chica más guapa de la Sorbona ».

<sup>9</sup> « La publicidad y su influencia en la percepción contemporánea de la realidad ».

Pero fue ella quien se lanzó por mí como una hembra que acaba de elegir para siempre los genes de sus hijos.

El portador de las estirpes —yo— andaba ocupadísimo en aquellos momentos, remontado de arriba a abajo una agencia de publicidad descompuesta,

pero encontré ratillos para pasear con ella, tomar café, vernos películas, charlar.

En seguida llegué a la conclusión de que no teníamos nada en común que pudiera interesarnos, salvo quizá —tampoco era obvio— los procesos del sexo.

Pero deseaba vehementemente quedarme con su cuerpo un rato, tenerla en el currículo.

Y era virgen, insisto. Con veintitrés primaveritas.

Un caso asaz extravagante en el París de 1972, pero todavía posible,

sobre todo siendo hija de exiliado español anarquista, abstemio, vegetariano, cumplidor de la vida como deber ineludible, rotundamente puritano en negocios de carne,

y de una profesora entristecida, con los encantos mal regados,

que nunca se movía sin recelo, como si alguien le estuviera amagando un cachete,

que nunca cruzaba las piernas sin estirarse la falda para cubrir la tentación.

Era virgen. Natalia.

La fui tocando poco a poco, sobre todo en el cine.

Ni los pechos, en principio.

Llevaba sujetadores con *nihil obstat* de su padre.

Abrazos a presión —incluso, muchas veces, tolerando el mutuo aplastamiento pélvico, mientras las bocas se rebañaban la humedad.

pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó...

Una tarde se produjo la típica aglomeración de contingencias que suele cambiar las historias (y la Historia también, un par de veces cada siglo).

Estábamos en casa de unos amigos de ella, recién matrimonios, y sonó el teléfono y ambos anfitriones tuvieron que acudir a no recuerdo qué urgentes obligaciones que de todas formas no



iban a retenerlos más allá de una hora, así que no os marchéis, echadle un ojo al horno, veréis qué *poularde* prepara Sophie, una joyita de mujer, id quitándoles el papel de plata a los quesos, hasta ahora mismo, *faites comme chez vous*<sup>10</sup>.

Tan luego solos, escalentado yo por el par de martinis previos, le deslicé la mano entre los pantis de piel de culebra.

Se puso triste cuando me tuvo que espantar el amago.

Salmodió su recital completo de quejas.

Tú no me quieres.

Tú lo único que buscas es acostarte conmigo.

Tú no me respetas.

Yo cuando me entregue a un hombre será para siempre.

Escribiéndolo ahora vuelve a parecerme inverosímil, como en el propio momento, que no la dejase plantada allí mismo, con su cuenta corriente de pureza.

Una persona que no es estúpida no suele ser estúpida más allá de doce o catorce veces en su vida;

pero cuando le toca

se obstina brutalmente en su propia necedad.

Invoqué a la musa de la persuasión y me lancé al discurso.

Fui desmoronando a topetazos todos los baluartes de la tradición judeocristiana, más unos cuantos búnkeres de Bakunin.

En plena perorata llamaron los amigos en cuya casa estábamos.

Las cosas se les ponían tuertas: no iban a poder regresar antes de un par de horas;

que fuéramos cenando, *ne vous gênez pas*<sup>11</sup>.

Puse al máximo la potencia argumentativa.

Convertí todo el barbecho de la mente burguesa (judeocristiana, recordemos) en un vastísimo basurero de desperdicios ginofóbicos,

recordando los dulces requiebros de san Jerónimo, las apoplejías de Tertuliano ante la vagina, el ansia de parusia que preside las tres grandes monoteas mundiales, porque lo que les mola es que se acabe el mundo y empiece de una santísima vez el Paraíso,

¿verdad?

<sup>10</sup> « Como si estuvierais en vuestra propia casa ».

<sup>11</sup> « No os andéis con cumplidos ».







se entretalló un bikini que le promocionaba lo más atractivo del  
cuerpo  
(el rebote de los glúteos,  
las ristras abdominales, parajes míos favoritos, siempre)  
y bajamos hasta la playa y nos alquilamos uno de esos carrico-  
ches flotantes de pedales  
(un *pedaló*, decíamos en Tánger)  
y rebasamos la línea de las «embarcaciones de recreo».

Allí,  
con los delfines cerca,  
se situó a horcajadas sobre mí,  
desnuda,  
y fue metiéndome en su cuerpo.  
Me tuve que desprender cuando llegó el orgasmo  
y el semen le saltó a la mejilla.  
Lo recogió con el índice y el corazón de la mano derecha y lo  
lamió.  
Como si hubiera sido su costumbre más vieja.

Alcanzado tan noble objetivo,  
nos casamos tres meses después,  
en cumplimiento, al parecer, de toda una caravana de promesas  
mías  
irrevocables.  
Una boda civil, francesa, sin valor en la España de Franco,  
pero muy vinculante  
por la cantidad de testigos.

Cohabitamos cinco años.  
Mantuve un trienio completo de alta fidelidad.  
Ella un bienio escaso,  
porque empezaron a danzarle diversos príncipes mendigos  
alrededor,  
gente que la amaba *de veras*,  
no como yo,  
que me marchaba a trabajar por las mañanas,  
que insistía en leer y hasta escribir (muy poco),  
en lugar de atizarle la mirada con la pasión de mis ojos constan-  
tamente posados en su cuerpo tan máximamente deseable.

En fin.

En estos casos se cumplen las leyes de la impotencia,  
se cuaja un sexo ganoso y trivial,  
que no resiste la comparación con los pugilatos extraconyugales,  
tan de estreno,  
tan agradecidos para la propia estima.

Fue un episodio suelto de mi vida,  
sin precedentes lógicos, ni largas secuelas.  
Cuando decidió marcharse pude reanudar tranquilamente mi  
experiencia donde la había abandonado el día mismo en que  
conocí a Natalia.

Muy poco lance.

Cinco años en blanco.

Muy poco lance.

## 18. FALLO HUMANO<sup>N</sup>

*J'allais dans Paris, jusqu'ici ça va,  
un homme m'a suivie, y a pas d' mal à ça.*

Iba yo por aceras cenicientas, evitando los charcos color de rosa,  
a plena madrugada,  
y se me vino un Porsche  
junto a las corvas,  
olfateándome.

*Veux-tu*

*qu'on t'emmène  
quelque part,  
mon beau?*<sup>12</sup>

—dijo un *close-up* de labios bombeados  
rojo burdel,  
pornificando entera  
la ventanilla y la secuencia.

Dos señoritas

surtidas: rubia y negra.  
A su casa violeta e impoluta.  
Me sirven  
un bebestrajo azul en vaso ornamentado  
con picos amarillos de tucán.  
Van al cuarto de baño.  
Admiro los tapetes de ganchillo  
y el capuchón de gasa mosquitera que ablanda los excesos  
rectangulares y plásticos del televisor.  
Me ululan desde el dormitorio.  
Dejo la copa con alivio, en su lenzuelo.  
Están semidesnudas  
rampantes sobre un campo de cama asilvestrada.  
Qué tenues las braguitas  
y qué oscuras  
contra las flores de la colcha.  
Me insectan entre ellas.  
Me deshojan de la ropa con alta precisión de movimientos,  
con la pinzada ansia que ponen las mujeres en el manejo de la  
cremallera angular.

<sup>12</sup> « ¿Quieres que te llevemos a algún sitio, guapito de cara? »

Por arriba la rubia, por abajo la negra,  
con las bocas de barro caliente.

Huelen a limpio, a jabón desinfectante inglés.  
Derivo la mano hacia la horcajadura más cercana,  
la de Aholah, la rubia,  
y  
se me conforma entre los dedos  
un pene  
pequeñito,  
sin fibra ni tensión.

🖐️ **OOH** 🖐️

El mío, desperezado en boca de la negra, se desmorona por el  
susto.

Exploro a Aholibah<sup>13</sup>  
de las sabanas.

Un penecillo algo mayor.

Se me quedan cuajados los impulsos,  
se me retractan los sentidos como cinco caracoles amedrentados.  
Lo pienso seriamente dos momentos  
y decido obligarme a proseguir  
(para no quedar mal con la Revolución de Mayo).  
¡Bueno sería que yo me achantase!  
Pero ya es demasiado evidente.  
En especial el vello musgoso de las nalgas.  
Y la voz, cuánta voz, cómo han podido confundirme.  
Aventuro los labios en la bamba carnuda de Aholibah.  
Me desuciono de inmediato.  
La rubia me propone que le chupe su cosa.  
Le digo que no, que no puedo, que nos pongamos como nos pon-  
gamos es un pito.  
La negra me pide que le dé por el culo.  
Le digo que no, que no tengo erección.  
Es verdad que no tengo erección.  
Me pregunta: ¿Lo harías si yo fuera mujer?  
Le digo que sí, que lo haría, seguramente, que lo he hecho en  
otras ocasiones,  
como todo el mundo.

---

<sup>13</sup> Ezequiel, xxxiii, donde Aholah y Aholibah encarnan la prostitución. Qué cosas.



No entiende la diferencia, afirma.

«Qué más te da.

»Si hubiera sido antes de las hormonas.

»Ahora, esta cosita...

»Se nos ha puesto *toute petite*<sup>14</sup> por las medicinas.

»Yo la tenía así», señala, muy en exceso de mis dimensiones, por lo demás modestas.

«Pues anda que yo»,

abunda la rubia, señalando más.

Lo siento.

No, de veras, lo siento.

Imposible.

Me desgarro

de la cama.

Me visto y les anuncio que me marcho.

No sin rogarles el perdón.

La rubia me contesta «*Va, t'en fais pas, je te comprends*<sup>15</sup>, tú lo que querías era meterla en caliente»,

y tomo nota de la pintoresca frase.

La negra me dice que soy muy limitado, pero que también me comprende, «*je ne pourrais pas le faire avec une femme*»<sup>16</sup>, y entonces le percibo un acento extranjero, quizá portugués o brasileño.

«*Bon, merci quand même, vous êtes très gentilles.*»<sup>17</sup>

A lo mejor nos vemos otro día.

Cuando salí la acera estaba al sol,

con los colores sólidos,

sin charcos ni ceniza,

y a la derecha, al final de la calle, me aguardaba una fila de taxis blancos y negros, blancos y negros.

Qué bonitos, qué viriles,

todos iguales, todos macizos,

tan *peugeot*,

tan *rassurants*<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> Pequeñita..

<sup>15</sup> «Vete, no te preocupes, te comprendo».

<sup>16</sup> «Yo no podría hacerlo con una mujer».

<sup>17</sup> «Bueno, gracias de todas formas, sois muy amables»

<sup>18</sup> Tranquilizadores.

Lléveme a casa, *Monsieur le chauffeur*.

No sé qué decirme.

Más que nada, lamento haber humillado a estas dos señoritas tan simpáticas.

Me pregunto si no habré cometido el error a sabiendas, si no me habré negado a percibir las evidentes señales de hombría

—el tamaño de las manos, la voz, los hombros musculosos— para explorar un rato las lindes de mi sexo.

Me encuentro inocentísimo.

Además, qué caramba, lo intenté.

Pero yo lo que quiero es «meterla en caliente».

*C'est la vie*.

Y alrededor del taxi bullía una mañana de París con todas las *jolies gonzesses*<sup>19</sup> en minifalda, los muslos demostrados y las nalgas alegres como pequeños vicios retozones.

En el *bistrot* de debajo de casa las comulgué en ambas especies: café con leche y dos *croissants*.

---

<sup>19</sup> Las gachís.

## 19. ODA A DOÑA MARÍA CORONEL

*la muy casta dueña de manos crueles,  
dina corona de los Coroneles,  
que quiso con fuego vencer sus fogueras*  
Juan de Mena, *Laberinto de fortuna*, 79<sup>20</sup>

¡Oh qué digna corona de los Coroneles,  
doña María Coronel!

¿Habrás visto  
ocurrencia más tonta y más ñoña y más lerda?  
Si tu marido andaba con los moros,  
dejándose apuntillar al primogénito con su propio puñal,  
soltando frases en conexión directa con los manuales de Historia,  
ganándose Tarifa (se supone  
que a favor de los vientos),  
metiéndose jachís,  
yaciendo con las damas lugareñas,  
rezando al ritmo maracanudo de los hisopos episcopales,  
mirando la congestión del mar en el Estrecho, donde el  
Mediterráneo apenas logra sofrenar la invasión del Océano  
Atlántico;  
si don Alfonso Pérez de Guzmán, *el Bueno*, andaba por ahí, ha-  
ciendo el *ueld del qarrán*<sup>21</sup>, como siempre los hombres,  
sin atenderte la natura,  
¿por qué no te buscaste  
tizón más piadoso que prospectara tus profundidades?  
¡Pobres damas de antaño, tan derrochadas!

---

<sup>20</sup> Nota del Brocense al texto de Juan de Mena: «Esta historia de D<sup>a</sup> María Coronel se cuenta en dos maneras. Unos dizen que don Alonso Fernández Coronel, criado del rey don Alonso que ganó Algezira, casó esta hija con don Juan de la Cerda [...], y estando el marido ausente vínole tan grande tentación de la carne que determinó de morir por guardar la lealtad matrimonial, y metióse un tizón ardiendo por su natura, de que vino a morir. Otros dizen que esta señora fue muger de Don Alonso de Guzmán, y que estando él cercado de moros en Tarifa, ella estava en Sevilla y allí le vino la dicha tentación». Me quedo con la segunda posibilidad. Es encantadora la idea de que Guzmán el Bueno tuviese una señora tan apasionada y tan decente. Dan ganas de devolver Tarifa a los moros.

<sup>21</sup> «Hijo de cabrón», literalmente.

Doña María Coronel,  
te habría amado  
yo.

El ciudadano menos matamoros  
de la ciudad de enfrente.  
Con humildad, llamando a tu puerta  
cuando tú ya estuvieras de par en par frente a la chimenea,  
con el tronco inclinado hacia el fuego,  
alargando la mano,  
hurgando entre las ascuas con las tenazas,  
buscando la brasa del tamaño final,  
el falo ígneo que te amatase los ardores.  
Cuando miras la sima de tus muslos abiertos  
te sacuden espasmos de lágrimas,  
pucheros de indefensión vertiginosa,  
pulsaciones terribles de vivir en las sienas.  
Y entonces llego yo,  
y te salvo sin nada, sin sexo, sin nada:  
por la mera presencia de otros ojos  
y un roce de las yemas de los dedos en el pelo rizado:  
por mi atlético amor a las mujeres vivas.

Doña María Coronel: lo siento.  
No llegué.



## 21. PIENSAMIENTO

A ver, señores, meditemos.

La luz recorre en un año 9.333.940.000.000 de kilómetros.

Dicho en palabras que entienda cualquiera: nueve billones trescientos treinta y tres mil novecientos cuarenta millones de kilómetros.

Y no quieran averiguarlo en palmos, por ejemplo, que sería medida más humana.

La luz, si le diera por ahí, quién sabe, podría circundar doscientos treinta y tres millones y pico de veces el cinturón de la Tierra, el Ecuador, en un añito.

Lo que quiere decir que la luz no tarda nada en completar cualquier distancia que nosotros podamos medir.

Mientras el hombre más rápido se desgañita para correr cien metros con todos los músculos en angustia,

buscándose la muerte por un atasco del corazón,

la luz, sin inmutarse, da la vuelta al planeta,

por ejemplo.

Más ejemplo:

cuando yo me penetro en lo más profundo de tu carne,

eternizándome todo lo posible

—eso sí—,

la luz que destellamos al iniciar el suave empeño se encuentra a un tropel de millones de kilómetros.

Francamente fuera de nuestro alcance.

O sea: para qué meditar.

No hay absolutamente nada que podamos entender desde tan lejos.

Nada,

porque sólo en la nada, en el cero, en la quietud total, igualamos nuestra velocidad con la velocidad de la luz

y (según Einstein)

nuestra energía es infinita.

Oh.

Qué conclusión.

Hoy he estado leyendo a los indios.

## 22. ODA AL HIPOTÁLAMO

*Recién leído un libro de Simon Le Vay.*

Toda mi intimidad podría rebañarse  
en una cucharilla rasa de café:  
es el tamaño  
del hipotálamo.  
Inmenso hacia lo hondo de la especie.  
Caverna ignota del cerebro.  
En ella viven animales que soy —husmeando la olla de com-  
puestos químicos donde hierven neuronas primitivas  
inconciliables con el hombre tal como el hombre se ha ido  
creando.  
Él me controla el hambre, él me puso los límites de la estatura, él  
me mide la fiebre, me excita, me deprime, me lanza las re-  
acciones emotivas.  
Serán sus protohistóricos designios  
los que llevo criptografiados en la parte más honda de como  
quiera que llamemos lo que somos: alma, psiquis, perso-  
nalidad, conciencia;  
los que me mandan desear a las mujeres que resplandecen sexo  
en este restaurante  
y sobre todo los muslos de hundirse de bruz en ellos  
de la señora negra del diplomático rubio.  
Ni siquiera lo intento explicar con palabras, porque no se parece  
a las palabras,  
la pulsación de desear su carne,  
de penetrarla sin zalás,  
con pleno consentimiento de mamíferos,  
sin las pérdidas de tiempo en negociaciones que impone el  
hábito.  
Aquí, sobre la mesa, apartando los platos, los cubiertos, las  
fuentes, las manos del marido  
(mejor: eliminemos de la visión toda presencia conyugal, tan de  
derecho, tan humana).  
Empujar, inyectarle los genes, retirarme,  
y volver a mi mesa a seguir masticando exquisiteces con finura.  
Es el hipotálamo, debajo de mí, riéndose de mí —o por lo menos  
escrutándome con la nula expresión ocular de los lagartos.

El homo sapiens yo  
acaba de garrapatear estas líneas en su preciosa agenda  
de creador de todo lo que nadie creó.

Él, en cambio, el bicho profundo, no conoce el significado de las  
palabras, las recibe sin darles sentido alguno, las convierte  
en sueños que emite clandestinamente cuando estoy dor-  
mido, o trueca las sensaciones más refinadas en puros  
arrebatos apenas domeñables.

Él impregna de limo y humedad y sombras las zonas urbanizadas  
del cerebro.

Él pone la cloaca.

Eres un montoncito de células tenebrosas, monstruo: no te amo;  
pero sé agradecerte los alivios.

Ya poseímos a la señora.

Ahora puedo llamar por teléfono y confirmar la cita de dentro de  
un rato.

¿De postre?

Cualquier dulzura, señorita, *anything*  
*as sweet as you are.*

Cualquier dulzura dulce como tú.

Estando

en ciudad extraña,

solo,

recién cometida la enésima violación,

cualquier dulzura

puede sentar jurisprudencia.

Me declaro inocente y adorable,

tierno, sumiso y cariñoso.

Qué modelo.



### 23. HAY QUE VIOLAR A LAS PRINCESAS

A veces los milagros  
 del rijo,  
 tan cabales:  
 ajustes sin mecánica  
 ni rito  
 —inesperados.

Wanda

En la primera noche decidió acostárame cuando le hablé de mis metamorfosis comerciales.

(Eso me dijo, bellaca, mintiendo, porque el ansi6n de machihembrarse conmigo le venía de antes, evidentemente. También yo mentí, bellaco, en contrapeso, proclamando que no se me había pasado por la cabeza. Como si yo me citara con una mujer deseable, alguna vez, sin idea de acabar descubriéndonos una cama común. Es inhumano acercarse a una mujer sin idea o sin ganas de coincidir en el sexo con ella. Tras el momento en que está todo dicho, intercambiadas las conversaciones completas —al menos por esa noche— ya sólo queda lo que mande el cuerpo.)

Intentó emborracharme con su bebida nacional —aunque *made in Russia*—, y sí que lo logró, pero supe ocultarle su victoria táctica.

Luego, en su resumido *flat*, en un colch6n tumbado *flatly* sobre el parqué,

fornicamos con entusiasmo y energía.

Me acusó de demasiado ímpetu.

Dijo que le había pasado por encima «igual que un huracán» (¡qué comparanza!).

Protestó de que le hubiera dado órdenes («abre las piernas, abre las piernas todo lo que puedas», por ejemplo).

Reconoció que la habían enardecido las arengas, sin embargo.

Era una chica con los precintos rotos, pero no arrancados, con las

pautas presentes, como los raíles del tranvía en ciudad sin tranvías, con buenos nervios para pulsar las libertades — y había que forzarla.

Quizá.

Se forzaba ella misma.

Tenía treinta años. Llevaba seguramente la mitad de la vida planisoneando su propia violación.

Cuántas mujeres planifican minuciosamente su propia violación y cuántas —casi todas— se mustian en el sexo sin lograrla, infelices.

No suelen encontrarse los hombres adecuados.

Es difícil que el príncipe azul, o cualquiera de sus revesos burgueses,

se preste a menester tan sucio y primitivo.

Los príncipes y las princesas no fornican jamás: sólo se acoplan dulcemente

—y conciben los hijos necesarios.

Yo suelo violar con pleno consentimiento de la interesada.

Cuántas veces me han dicho *es la primera vez que*.

Esposas con ocho años de matrimonio en el currículo han llegado a decirme *es la primera vez que*.

Y podríamos pensar que era mentira —porque casi siempre mentimos, amando a los demás— si no conociéramos a los príncipes azules

y su majestuosa tendencia a respetar

a la mamá de sus hijitos.

Una mujer me dijo, magnífica, en la primera carne profunda, hace ya cerca de cuarenta años:

«Oye, si insistes en respetarme te voy a cortar los huevos.»

Así (en francés).

Era muy rubia, con el pelo rizado de salitre, ojos azules, piel de pecas al fondo,

alta,

delgada,

adolescente.

Quince años.

Se me puso en el cuerpo y se violó.

Yo quedé destronado para siempre.

Los príncipes destronados tendemos al abuso de todas las confianzas.

A buscar las mujeres con mayor capacidad de violación.

Las que sueñan con que las aten,  
con azotes en las nalgas,  
con las penetraciones altas y violentas,  
con cuatro o cinco desconocidos arrasándolas en un tugurio in-  
fecto.

Son mayoría  
las princesas así,  
pero muy pocas llegan a encontrar algún príncipe destronado que  
les sirva  
de papá y violador  
y de dulzura.

Lo escribo con orgullo, que conste, lo escribo con arrogancia:  
no hay más respeto mutuo  
que el cuerpo a cuerpo sin cuartel.

La princesa y el príncipe  
son dos bestias lascivas.

Wanda

En la segunda noche me exigió suavidad, y la serví.

No acabó la tercera sin violarse.

Me dijo groserías publicables, «tienes el pito de oro, follas como  
Dios, eres el mejor amante que ha pasado por mis manos», y  
demás adulaciones más o menos blasfemas de víctima colabo-  
radora

(estímulos a la creatividad, deberían considerarse, sin confundir-  
las nunca con la verdad; no hay verdad en la cama: sólo inter-  
cambios de estrategias; los resultados no dependen de qué  
macho o qué hembra, sino de la hábil combinación de ener-  
gías y comportamientos, del buen reparto de papeles y su  
ajustada interpretación por de los actores; tampoco se con-  
funda con el fingimiento: actuar no es fingir, sino encauzar las  
sensaciones hacia otro).

Llegó a prometerme fidelidad (no se me habría ocurrido), a ga-  
rantizarme una absoluta disposición, cada vez que me apeteciera,  
como me apeteciera, cuanto me apeteciera; estuvo a  
punto de decirme «te quiero» (eso siempre se está a punto de  
decir, en los máximos de subida, cuando nada parece supera-  
ble).

Nos vimos de cuando en cuando y siempre nos gozamos bien, sin esfuerzo, con sencillez, sin recatos.

Hay milagros rijosos, a veces, muy cabales.

Conviene no escatimarles el entusiasmo, cuando surgen.

Wanda.

Le tengo un cariño.

No habría arriesgado nada serio por ella (ni ella por mí), pero nos convinimos.

Se violaba conmigo, yo cometía los delitos.

Es una honrada complicidad.

## 24. POR EJEMPLO

Añoro los tiempos ácidos en que solía verme desde fuera, abandonado el cuerpo en cualquier parte.

Tiene que ser hermosa esta cama contigo, en la luz granulada del dormitorio alto.

Te has encofrado en mí, desmayando los músculos, horizontal,

moviendo solamente los labios robustos de la vagina, para ceñir y desceñir la tierna altivez que me queda.

Deslizamientos mínimos que valen enormes extensiones de tacto minucioso e intenso.

Se me van descolgando los testículos, doloridos al gozo.

Somos dos células apareándose, somos barro cargándose de vida,

somos el principio y la razón de todas las sensaciones.

Levantas la cara y me miras de cerca.

No alcanzo a enfocarte, con esta luz, a menos de un palmo.

El verde aguacate de tus ojos, las cejas tupidas y claras, los grandes incisivos.

El aro de plata de la oreja derecha.

Luego me tomas la boca entera con los labios y me vas adentrando la lengua, gruesa, deslizante, turbulentamente viva.

Ambos ritmos se alternan en pleno centro de mis sensaciones.

La lengua penetra, la vagina cimbreo.

Un peso va creciendo.

Alargas el recorrido, llegas casi a extraerme de tu cuerpo, hábilmente me devuelves a la presión tan honda,

mientras la lengua rastra la pulpa interior de mis labios.

¿Esta réplica es mía? En la frutal musculatura que me tiene prendido se yergue de nuevo la forma recuperada.

Tú te la ahondas, te la guardas, te la sumes; en la base percibo la presión acaparadora de los labios; en la cúpula el choque, el aplastamiento contra el hondón de la carne profunda.

También las bocas adensan el baile.

Ya.

Sin pausa. Has ido irguiendo el busto, el tronco, cambiando las piernas, hasta quedar a horcajadas sobre mí, zarandeando violentísimamente mi presencia.

Me asustas un poco.

Aprietas la mandíbula, con los ojos cerrados, se te señalan los tendones desde las clavículas al cuello.

Te freno los pechos, los agarro con alguna parte de todas mis fuerzas, te los sujeto ligeramente por los pezones.

Brincan como bestezuelas queriendo liberarse.

Más.

Admiro la desvergüenza de tu belleza, los descabellados límites de tu física.

Más.

Me sigo asustando, pero replico con toda la resistencia posible, arqueando el cuerpo contra el que vas aplastándote.

Cuántos minutos llevarás en grito.

Me suben punzadas desde la cara interior de los muslos, desde el centro de la bolsa escrotal.

Sientes las sacudidas, se te reduce la vagina, casi me quieres expulsar con tus contracciones, y al mismo tiempo me vas aprensando.

Tres, cuatro, cinco, seis embestidas perfectas en la coincidencia.

Te muero y me mueres.

Caes para siempre sobre mí.

Ya no estoy asustado.

Tiene que ser hermosa esta cama contigo, en la luz granulada del dormitorio alto.

Te has encofrado en mí, desmayando los músculos, horizontal,

moviendo solamente los labios robustos de la vagina.

Deslizamientos mínimos que valen enormes extensiones de tacto minucioso e intenso.

Añoro los tiempos ácidos en que solía verme desde fuera, abandonado el cuerpo en cualquier parte.

## 25. OTRO MÉTODO

*Weep, neighbours, weep! do you not hear it said  
That love is dead?*

Sir Philip Sidney.

« Quiero que toda la vida te sepas de memoria mi número de teléfono »,

dijo ella;

y bah.

Su *número* de teléfono.

Poseemos un *número*

de teléfono

y su recíproca memorización demuestra amor o lealtad.

Bah.

RING

RING.

Recuerdo con mejor precisión las lágrimas rasposas que le oxidaban las mejillas

en un bar con arañas de plásticos halógenos,

y muchísimas horas de pataleta

en su Renault Fuego.

Y bah.

RING

RING.

Ojalá que no hubiera estado nunca

para ponerme tan debajo

de su cuerpo.

Y bah.

RING

RING.

Anoté sobre todo sus muslos en cruz

y su trasero prehistórico,

anterior al invento del amor cara a cara

en su tribu.

También desde luego los brincos jazzeros de sus tetas

y la cantilena numerada de sus orgasmos.

Anoté sus orgasmos, según se los iba exprimiendo,

ella

a horcajadas,

con cuantísimo método.

RING. RING. RING. RING.

Lo marco y sale un fax: se me ha vuelto electrónica.  
Un caso claro de vocación.

*From so ungrateful fancy,  
From such a female frenzy,  
From them that use men thus,  
Good Lord, deliver us!*  
Sir Philip Sidney, "A Litany".



## 26. LOGOFOBIA

<< Y si aquel otro rey aplaudido de sabio, porque conoció cuatro estrellas (tanto se estima en los príncipes el saber) se arrojó a decir que si él hubiera asistido al lado del divo Hacedor en la fábrica del Universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber como defecto de su nación que, en este achaque del presumir, aun con el mismo Dios no se modera. >>

Baltasar Gracían, *Criticón*.

**Hombres de los siglos XVI y XVII encumbraron la lengua castellana** capaz de expresar una cultura viva y creadora.

Una asombrosa hazaña, la mejor de aquella época, tan rica en proezas **que el tiempo ha desmentido**.

Pero la lengua así creada llevaba en la sangre el virus de la parálisis (lo perfectamente ajustado a una determinada realidad no puede crecer ni adaptarse cuando esa realidad se descompone): apartada ya de los tiempos, arrumbada, su cultura aún no ha perdido del todo la fe en **las demostradas falsedades que creían sus mejores hablantes de antaño**.

Luego hablar español es una fe trasnochada. La lengua española cree en el **Imperio**, en la **justicia social directamente distribuida por Dios Padre**, en el **derecho de tutela del hombre sobre la mujer**, en el **honor vinculado a la entropierna de las santas esposas y las santas hijas**, en la **fatalidad**, en la **eficacia del rezo devoto** para superar las crisis políticas y económicas, en la **indignidad del trabajo**, en el **pecado que Dios perdona** machaconamente, en el **Papa Infalible**, en la **maldad de los sarracenos y de los judíos**, en el **destino manifiesto de la Nación Española** y su justo título para gobernar el orbe, en la **superioridad de la fe sobre la ciencia**, etcétera

Y todos los descreídos la hablamos mal, por extranjeros.

*Yo nada gusta sitoasión, yo quiri cambia.*

## 27. IN MEMORIAM

Pocos  
contactos  
con la muerte  
hube.  
Brutales  
todos.

Hablando  
—muerto al instante.  
Veintitrés.  
Yo veintidós.  
Amigos infantiles,  
compañeros de estudios,  
él había perdido un par de años por culpa del francés y no se li-  
cenciaba todavía;  
yo lustraba mi tesis con Madame Bastide y el mito emergente del  
funcionario internacional.  
En su *chambre meublée*  
murió  
de pronto  
frente a mí.  
Se llevó las manos al pecho y abrió la boca.  
Cuando le vi los ojos no tenía mirada.  
Cuando le tiré del brazo no estaban los músculos.  
Golpes absurdos en el pecho, como se ven en las películas,  
aplicando el puño, con todas las fuerzas, contra el dorso de mi  
propia mano  
apoyada en su tórax.  
Quién avisó a la enfermera de la habitación contigua,  
algo más técnica,  
poniéndole los brazos en cruz, juntándoselos en el esternón y pre-  
sionando.  
Yo le pedía medicinas urgentes, pero inútil.  
Fue difícil dejarlo en la alfombra, tan sucia, mientras acudía el  
médico a certificar.  
Al mismo tiempo —todo el tiempo era el mismo—, sonó el telé-  
fono y era la chica griega con quien pensaba casarse en cuanto  
acabara la licenciatura y encontrara un trabajo.

Preguntó si estaba él y cómo contestarle yo.  
No conservo el más leve registro de qué pude decirle, pero acudió en seguida.  
Llegó un minuto después que el médico.  
No quiso desmayarse y le ocuparon el rostro todas las máscaras de la tragedia.  
Le brotó ropa de luto sobre el cuerpo, milenaria.  
Más gente.  
Café.  
Era su cuarto, no el mío.  
La chica, Sophia, atendió conmigo a los cuidados del cadáver, lavarlo un poco, tenderlo en la cama, ajustarle los miembros a la postura funeraria de la tribu.  
Tuve también que llamar por teléfono a los padres.  
A la mañana siguiente los recogí en Orly.  
Pequeños, oscurecidos, se me abrazaron, ella subió la mirada hasta la mía y me dijo mi nombre, reconociéndome.  
Cuando se muere un ser querido hay que volver a identificar el mundo  
y confirmar el nombre de las cosas.  
Ella empezaba por mí, por el niño que creció con su hijo y que seguía vivo.  
Fuimos directamente al depósito de cadáveres.  
Yo quise entrar antes que ellos en la sala donde lo tenían.  
Envuelto en la mortaja, la cabeza vendada, como curándole una herida tremebunda y superflua.  
Y un párpado alzado y el ojo negro muerto.  
Que no lo viera la madre así.  
Recuerdo ahora, los estoy viendo extendidos hacia el rostro sin sangre ni vida, los dedos de mi mano derecha, empujándose hacia el párpado.  
Estaba helado, recién extraído del frigorífico.  
Tuve que hundir las yemas de los dedos en la parte superior de la órbita y presionar hacia abajo.  
Le quedó una rendija.  
Nadie hizo ningún comentario al respecto, pero todos notaron el monstruo soterrano  
que nos miraba por el resquicio.  
(La muerte mira.  
Yo no creo en el alma ni en los dioses,

pero en la muerte sí.  
La tengo dentro,  
esperando asomarse a mis ojos cuando los deje desocupados.)  
Desde entonces tengo la sensación de haber sobrevivido o de estar estafándolo —era él o yo— y me siento culpable.  
Desde entonces tengo la sensación de haber elegido y me siento culpable.  
Desde entonces tengo la sensación de haberme alegrado de que fuera él y me siento culpable.  
Era casi un hermano, una réplica, el pésimo cómplice.

Aunque culpable exagera el efecto.  
Pagué con dos semanas de terror en un hotel de Estrasburgo, cuando en el borde biselado de los espejos se movían testigos y tras el marco de las puertas maquinaban asaltos imprevisibles. Sólo en la oscuridad me sentía seguro.  
Y al final me curé por un libro que apareció de pronto en un escaparate  
y que releo, como mínimo, una vez cada lustro  
(sí, sí sé que lustro viene de lustral).  
Es el libro más noble que escribió nuestra época.  
El único donde se especifica el calmante más eficaz para la muerte.  
Es decir la ternura  
de los hombres.  
Hablo de Albert Camus y de *La peste*.

Pocos  
contactos con la muerte  
hube.  
El primero  
fue suficiente para aprenderla.  
Ya me sabré morir.

## 28. MIREILLE

Recuerdo terriblemente la mañana en París,  
con la médica gorda añadiéndote letras a la sangre,  
sin saberlo;  
y la asocio con el único mayo de nuestras vidas,  
ahora  
que *sabrás morirte*.

Gay-Lussac.

Chica arrancando adoquín, viéndosele las tetas al agacharse. Sin sujetador, por supuesto (pronto lo quemaría en público): camisa holgada.

La esperanza revienta en sus muñecas  
y la fe en los tendones de su cuello.

Grita: *Salaudds!* Los gendarmes se precipitan hacia ella.

Uno le golpea los riñones al pasar con su larga porra de madera:  
un toquecito casi mimoso, de macho descuidado.

Y yo me cruzo con la carga, vestido de Señorito Empresarial, sin alterar el paso, mirándolos sólo un poco,  
completamente seguro de que la Ley y el Orden jamás me harán daño.

Muy al contrario:

el tipo enrojecido y bigotudo galo que ha santificado a la chica con la vara de mando me roza levemente en su carrera al pasar y me pide *pardon Monsieur*, volviendo ligeramente el rostro en mi dirección.

La levanto del suelo, le descuajo el adoquín de la mano derecha, le limpio la mejilla izquierda con un pañuelo que tenía, oh milagro, en el bolsillo *ad hoc* de la chaqueta,  
y me la subo a casa de Jean-Luc, cerca del jardín de Luxemburgo.

Se le iban matizando todos los tonos del amorado en la cintura y le temblaban los muslos de rabia cuando la tendí en el sofá.

*Je dois téléphoner, il faut que je téléphone à mes parents*<sup>22</sup>;

y pasa un rato hablando por teléfono, más bien peleándose contra algún interlocutor con los principios bien fraguados.

Luego vuelve, me acepta un *gitanes*, exhala el humo con la rotunda energía nasal que las francesas aplican a tal menester,

---

<sup>22</sup> « Tengo que llamar por teléfono; tengo que llamar por teléfono a mis padres. »

dice *merci*, yo digo *de rien*,  
y nos reímos.

Fue mucho amor el que ocurrió más tarde  
y muy largo el currículo de la complicidad.

Solías engañar a tu marido (es la expresión que tú misma empleabas: *tromper mon mari*) con regularidad de precepto pascual, por lo menos una vez al año, o antes si había peligro de muerte.

Qué chistes tan tontos hacíamos.

Y muchas veces me pedías colaboración, en nombre de los viejos tiempos, porque no tenías con quién de confianza.

Y siempre estaba bien: muy tranquilos, charlando en la cama.

*Tu te rends compte, la première chose qu'il fait lorsqu'il en a envie, il me plaque la main entre les cuisses.*

*Et c'est le dernier endroit où il faut toucher une femme lorsque elle n'est pas prête*<sup>23</sup>.

Tomaba nota yo, tomaba nota:

cumple tomar todas las notas posibles cuando se está con las mujeres sabias,

siempre más sabias que los hombres sabios.

Fui yo quien te llevé al hospital, aquella mañana, también para una operación sin importancia, un quiste pequeñito en la matriz; y te empeñaste en que estuviera a tu lado y pediste que te pusieran mi sangre, pero no compartíamos el tipo, y utilizaron AB negativa del fondo común.

La enfermera pasó por mi lado, recogió el fofo envoltorio, lo fue abriendo mientras entraba de nuevo en el quirófano.

Si se lo hubiese arrancado de las manos, yo...

Pero qué sabíamos ninguno

de las terribles letras

por aquel entonces.

Ayer me dijiste: *Je vais mourir d'une maladie qui n'est pas de notre génération et je me sens ridicule*<sup>24</sup>.

Nunca fuiste ridícula.

Demasiado severa, de joven: exaltada y feroz,

---

<sup>23</sup> « Te das cuenta, lo primero que hace, cuando le vienen las ganas, es plantarme la mano entre los muslos.

Y eso es lo último que hay que tocarle a una mujer cuando no está dispuesta. »

<sup>24</sup> « Voy morir de una enfermedad que no es de nuestra generación, y me siento ridícula. »

con tanta fe en los más tradicionales imposibles.  
Demasiado ligera en los años maduros,  
cuando decidiste que ya habías ejercido todas tus cuotas de res-  
ponsabilidad  
y que *le monde va de lui-même*  
(y, claro está, quién iba discutirte que el mundo funcionaba solo,  
mientras serpenteaban los reptilianos ochenta  
y los constrictores advenedizos se nos iban quedando con todas  
las consecuencias  
impredecibles  
de nuestros riquísimos fracasos).

Guardaré tus cenizas en casa,  
en las casas que vaya teniendo,  
en el cajón de la mesilla de noche,  
junto a la caja de los preservativos  
—como me pides tantas veces—,  
en un *tupperware* sellado.

Es lo menos:  
*tenerte a mano*,  
como siempre te tuve.

Recordaré terriblemente la mañana en París  
y el rostro de quien me entregue tu legado.

No me arrepiento de no haberte amado más.

Pudimos casarnos y tener muchos hijos,  
pero vivimos juntos desde lejos.

Guardaré este poema manuscrito, doblado en ocho pliegues, de-  
ntro de tu sepulcro de plástico,  
y en mi memoria tendremos siempre una terraza de café  
donde charlar a ratos  
de lo vivido.

Yo siempre te recordaré agachándote,  
contra los adoquines de París.

Y sentiré el deseo de tu cuerpo  
para que no se enfríen tus cenizas.

## 29. RAZÓN DE AMOR

Pocas personas percibo como individuos.

Los seres humanos me presentan grandes o pequeñas acumulaciones de detalles sin armonía.

Gestos, miradas, palabras sueltas, algún olor, una frase quizá mal recordada, asociaciones con otros casos.

Ante las mujeres, la percepción de individualidad resulta aún más difícil, porque una plantilla genérica (que aprendí por ser hombre) se superpone al ser único y personal.

Esta plantilla, además, tiende a encajar mejor en los detalles corporales o sexuales, antes que en los más propios del sujeto.

La observación es válida —desoladora—y nadie debería ignorarla en sus comunicaciones con el prójimo.

Un truco de seducción consiste precisamente en desplegar la individualidad ante la persona a seducir; pero también, y más aún, en demostrar que se le reconoce y tolera la individualidad.

Ahí es donde tenemos ganada la partida sin duda alguna, de inmediato. Casi nadie practica la estrategia, a pesar de sus evidentes beneficios, tanto para la reproducción de los mejores aspectos de la especie como para el placer egoísta.

El trato con la gente suele dejarnos en la impresión de no ser considerados, de no haber merecido atención, de no haber centrado suficientemente la consciencia del interlocutor.

Solemos portarnos con los demás como si no los consideráramos, como si no merecieran nuestra atención, como si no hubiéramos centrado suficientemente la consciencia del otro.

No me consta que exista el otro.

Individuo.

No me consta.

Casi nunca.

Por ende la elegancia del esfuerzo.



### 30. ADOLESCENTE, PERO NO

CALIGULA

[...] Ce monde, tel qu'il est fait, n'est pas supportable. J'ai donc besoin de la lune, ou du bonheur, ou de l'immortalité, de quelque chose qui soit dément peut-être, mais qui ne soit pas de ce monde.

HÉLICON

C'est un raisonnement qui se tient. Mais, en général, on ne peut pas le tenir jusqu'au bout.

CALIGULA [...]

Tu ne sais rien. C'est parce qu'on ne le tient jamais jusqu'au bout que rien n'est obtenu. Mais il suffit peut-être de rester logique jusqu'à la fin. [...]

Un exabrupto mío adolescente  
me llega en un florido cajetín de galletas danesas, abarrotado de  
despojos,  
de objetos que pensé recordar para toda la vida<sup>25</sup>:  
corazón de madera, un *valentine* americano con adornos de falla  
neolinglesa, fotos de chicas (ojos brillantes) que no lograría re-  
conocer si se me sentasen al lado en un bistró y me dijese  
«hola, cuánto tiempo»,  
haces de cartas que voy leyendo por primera vez;  
cosas,  
ya saben,  
cosas: lo que queda,  
*los pecios que el azar deja en la orilla,*  
sin atender a su importancia,  
ni a la gravedad efímera del naufragio.  
El exabrupto dice así:

---

<sup>25</sup> Se refiere al hallazgo de una serie de objetos suyos antiguos que encontró en una caja de galletas danesas, dentro de una especie de baúl que llevaba sin abrir desde su primera mudanza a casa propia.

*¿Y si escribo en el cielo*

ese

**NO**

gigantesco que me anáusea  
la garganta?  
Nunca vas a lograr que el futuro te encaje en los cuatro horizontes.  
Tendrás que sujetar a las montañas y a los mares, con cola de ebanista,  
los bordes más desaforados.  
Nunca sabrás vivir como sabrán vivir estos niños astutos  
con quienes vas a clase.  
Siempre andarás a trompicones.  
Siempre estarás pensando en cambiar de opinión  
por la cuenta  
que te traiga.  
Nunca habrá cuenta  
que te traiga.

¡Ha de cegarte la pasión,  
muchacho,  
ha de cegarte la pasión!

No cumpliósse del todo la torva profecía:  
me han hecho repostar opinión muchas veces  
y la *fuerza* es lo mismo que la *cuenta*.

Por lo demás,

es cierto,  
me ciega la pasión.

## **¡Me ciega la pasión!**

Y ese NO tan enorme, qué delicia.

También está que sólo me interesa la juventud.  
Quedé encolado para siempre  
en la impotencia de los diecisiete años  
(*On n'est pas sérieux quand on a dix-sept ans!*)  
para cambiar el mundo,  
para romper el mundo,  
para la rica negación del mundo,  
para escribir un NO colosal en la pared cerúlea.  
Quedé fijado definitivamente en esos deseos insaciables.  
No me interesa nada **+positivo+**.

No veo nada positivo en el orden social (quitado eso, que es un orden), ni en las normas de vida que llevo practicando desde que fingí rendirme para que fueran ingresándome sobornos en la cuenta corriente con la frecuencia ajustada a la traición (desde que me rendí, totalmente rendido, pero cárdeno de rabia).

No me viene sucediendo nada que compense la cósmica frustración de aquel adolescente.

Puedo emborracharme y fornicar y recitar el verso más titánico sobrevolando a gritos una sabana de muslos de par en par, puedo oír, como ahora, al máximo volumen de sonido, una pieza cualquiera de Tom Waits y dejar que su voz de cascajos me aconseje

**NEVER TRUST A SCARECROW**<sup>26</sup>,

y en efecto me paso el día espantándome espantapájaros de alrededor,

sin llegar a colgarme un solo símbolo de los muchos que me arroja la vida, ese Rey Mago con la peluca torcida y la barba de pelo artificial.

Aquí no se mueve nadie,

aquí no se cambia nada,

aquí no hay quien grite ¡NO! más de dos veces sin quedar arrepentido para toda la miserable eternidad de su existencia, mierda,

aquí no hay quien se compre el último modelo de ningún maravilloso producto sin estarse definitivamente quieto a la sombra del maizal que protege el bravo espantapájaros,

y a ratos.

A ratos,

reconquistó

la repulsión y el odio del niño pintacielos, que además era tonto, porque se dejaba engatusar por otras trampas

babosas,

como el futuro y las hermosas doncellas.

Pero no.

Aquí, por lo menos, en el poema: ¡no!

---

<sup>26</sup> « Nunca te fíes de un espantapájaros ».

### 31. SIN SENTIR

- He tomado el primer avión en Fiumicino. **Sin sentir.**
- He aterrizado en Pisa. **Sin sentir.**
- He tomado el segundo avión en Pisa. **Sin sentir.**
- He aterrizado en Ginebra. **Sin sentir.**
- He tomado el tercer avión en Ginebra. **Sin sentir.**
- He aterrizado a unos cuantos kilómetros de mi casa, en París. **Sin sentir.**
- He tomado el cuarto avión en París. **Sin sentir.**
- He aterrizado en Londres, a no sé qué hora de la madrugada. **Sin sentir.**
- Una bella combinación: me ha permitido pasar un día sin sentir. **Sin sentir.**
- Mañana, a las ocho y media en punto (aunque los ingleses siempre llegan tarde), tengo que estar en el 507 de Goddamned Street.
- Qué bien.
- Con un poco de suerte cogeré el quinto avión (un Concorde) por la tarde **Sin sentir.**
- y podré materializarme en Nueva York un par de horitas antes de salir. **Sin sentir.**
- Esto se llama aprovechar el tiempo. **Sin sentir.**
- Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin**

**sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir.  
Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin  
sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir.  
Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin  
sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir.  
Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin sentir. Sin  
sentir. Sin sentir. Sin sentir.**

Por muchas veces que lo escriba:

**Sin sentir.**

## 32. TAKE A TRIP WITH US!

*Quod legendibus scriptura, hoc idiotibus pictura.*<sup>27</sup>



### EN LA PARED, CARTELES DULCES VIDA PROPONEN RESBALADA

DE LA CUNA A LA TUMBA EN UN DESLIZ DE MODORRA  
según los mínimos pactados  
con el correspondiente sindicato de vividuras.

**Y en dos o tres arrobos de vacaciones: copas  
en el lugar más diseñado; mujeres tersas y apretadas, hombres  
fibra de acero y sonrisa marfil; viajes de movimiento removido,  
por sitios con el cielo quieto.**

DE LA CUNA A LA TUMBA EN UNA SOLA SENSACIÓN

**pásele bien, seÑor.**




---

<sup>27</sup> Quedaría hermoso, pero la frase no significa «la escritura es a los cultos lo que la imagen a los idiotas». 'Idiota' equivale aquí, sencillamente, a analfabeto. Es un proverbio medieval.

### 33. VISITA DE MADRID

*Horrida et vitanda est Hispania*  
 [Hay que evitar la hórrida España]  
 (A qué se referiría.)

Juvenal, VIII, 116.

La vieja en la escalera  
 del parquin

con el frío  
 curtido en las arrugas  
 de la mano:

entre la cera y la ceniza;

cuando tú te amadrigues en el edredón amniótico del hotel  
 ella podrá quizá cubrirse con las noticias de algún día  
 y el tufo subterráneo del transporte moderno,  
 oh sí.

¿Qué querrás que le importe la comunicación a ella,  
 lo *moderno*,  
 lo más periódico,  
 a ella que seguramente no se acuerda de nadie que pueda recor-  
 darla,  
 de nadie a quien comunicar su vida por un *Internet Relay*  
*Chatter*?

En la plaza de Santa Ana, figúrate:  
 junto a la cervecería donde —según acaban de contarte— tuvie-  
 ron a bien materializarse los *beatniks* en Madrid  
 (seguramente los mismos de Eivissa a quienes tú escribías unos  
 versos malísimos  
 y por fortuna inéditos  
 y rotos)

(aunque, ya ves: no los has olvidado;  
 te pesan  
 en la conciencia);  
 junto a nada  
 que signifique nada  
 para ti  
 en el presente,  
 se arrebujá la vieja en su propia obcecación de vida,



en la obligación de vivir que prescriben las células,  
una anciana  
inútil y excrecente.

Oh sí.

Qué asco, repugnante.

**¡El mundo es repugnante!**

No para ti, por descontado, ni para ella,  
que nada siente sino frío  
y desposesión,  
sino *ante* ella.

Tendrá carné de identidad y voto,  
la vieja.  
Un número y derechos,  
la vieja  
muy duramente conquistados, además,  
por los demás.  
Pero ¿qué entenderán sus arrugas de cera y de ceniza  
por *democracia*  
y *división de poderes*  
y *Bruselas*?  
De todas las teorías de la historia  
ella sólo esperaba, hace un momento,  
una moneda tuya.

**No se la diste, imbécil.**

Le escribes un poema calentito.

Era mejor cuando *non est potestas nisi a Deo*,  
cuando la culpa la tenía Dios  
con sus caprichos  
de muñecote consentido,  
capaz de justificar la congelación de cuatrocientas viejas en una  
sola noche  
por la mera oscuridad impenetrable de sus designios cósmicos.

Es muchísimo más difícil cuando la culpa la tiene el Pueblo, que  
es el Santo Padrón, y el Partido votado por el Pueblo, y el Go-

bierno cooptado por el Partido, y por qué no tú, aunque no votes, ¿comprendes?, ni seas Pueblo, en realidad, porque, caramba, tú tiras a forastero y escribes publicidad y/o poesía,  
 o anuncios y /o versos,  
 como le explicabas media hora antes, en la presentación de un premio radiofónico que nos acaban de *conceder*, a otra vieja —pero metida en un visón— que pensaba conocerte de algo y pretendía colaboraciones para una hipotética revista del oficio, quizá mientras la otra se amontonaba con sus derechos iguales y sus lanas pudrientes en un peldaño asqueroso de la escalera de un parquin,  
 a esperar que pasaras  
 para pedirte colaboraciones  
 metálicas y más espesas que los versos y/o anuncios,  
 y tú no se las diste.

Dos viejas defraudadas en un día.

**Oh sí.**

Pero ésta va a morirse.  
 Las dos van a morirse,  
 claro.  
 Tú también,  
 pero según y cómo.

Es precisamente esa igualdad letal la que menos importa.  
 Sólo estar siendo importa —no la muerte.  
 Y tú pretendes estar siendo.  
 Y la otra vieja pretende estar siendo, sin quitarse el visón, aunque no sepas qué.  
 Y la vieja del parquin preferiría solamente morirse de cualquier otra cosa que no fuera frío.

Oh sí.

Se está siendo  
 mejor en el hotel,  
 sin verla.

Porque toda esta saña irrefutable  
 es necesaria por razones técnicas o estructurales,  
 porque así lo decide el Presupuesto  
 Municipal

y Nacional.

**Este país no puede permitirse  
dar calor y alimento a esta mujer.**

**Y yo tampoco.**

Fueron las prisas.

Más vale que me calle.

Voy a dar una vuelta por ahí

a ver si encuentro el sitio más famoso

para tomarse un par de *bourbons* **cocacolados**

y mirar.

Voy a volver a la escalera del parquin

con cinco mil pesetas en los dientes.

Idiota.

### 34. MURMURIO

*O formose puer, nimium ne crede colori.*  
Virgilio, *Bucólicas*, Égloga II, 17<sup>28</sup>.

Se le apretaba luz en las pupilas  
y en la sonrisa le brincaban siglos  
de mujer  
civilizada.

Qué palabras tan necias para su rostro realidad.

Me repito sus ojos cuanto quiero  
y me chispean siempre las mismas imágenes baratas: luz conden-  
sada, a punto de estallar creando un universo.

Y la sonrisa, sí, de muchos siglos.

Pero bastante más, bastante más que una metáfora, o que un en-  
lace de metáforas y tropos,  
era  
ella.

Los hombres se describen fácilmente.  
Las mujeres no caben en palabras.

---

<sup>28</sup> « Hermoso niño, no confíes demasiado en el color ».



### 36. MUCHACHA LLORANDO

Lágrimas transitables,  
de ventanilla en ventanilla,  
contra las falsas fugas al horizonte de los retrovisores.

Una lloraba,  
rubia,  
transportándose  
en su cúpula de libre albedrío de inyección electrónica,  
hacia semáforos diversos.

Una lloraba,  
a pesar de los frenos ABS,  
a pesar de los cuatro cuartetos de válvulas.

Una.  
Ni quién siquiera.  
En el atasco de Saint-Honoré.  
Lágrimas transitables, desenfocadas,  
de culebrón,  
filmadas con un filtro de retícula,  
poco muy poco verosímiles, por el encuadre de la ventanilla esté-  
tica.

Llorar mientras se empuñan los destinos del día,  
al volante,  
¿no desambienta la tragedia?

Observar el rodaje entre dos luces verdes,  
de soslayo,  
¿no desentona la tragedia?

Y duele

la soledad,  
tan recogida.

Arranca.

Vámonos.

Resiste la tentación de seguirle las rutas.

Una lloraba, rubia, y seguirá llorando

cuando por fin encuentre dónde dejar el automóvil.

### 37. SACRILEGIO DESGANADO

(Hay relación de brillo entre la **sal** y el **fuego** y la **mirada**.  
Y la **memoria** es **sal** que va quedando, o restos del **incendio** o destellos de **luz** en lejanías turbias.)

**P**or una carretera en línea recta  
se llega al campanario.  
Un campanil, insólito en la *Provence*.  
Nos bajamos del auto y resistimos la costumbre de acerrojar las  
puertas.  
En la radio está Sidney Bechet tocando, me parece, un música  
plástica que se titula «Wild Man Blues».  
A contraluz la sombra es húmeda  
en la fachada de la iglesia.

Pero el calor.

Y pasan estorninos.

Ella dice:

«¿No tienes algo más moderno?»

No le contesto que suena la radio, es decir el azar.

Escojo una cinta cualquiera, de las tuyas.

Resulta ser el *Debut* de una islandesa llamada Bjork,  
cejijunta y bellísima.

Rocío termina de redondear el porro  
mientras la sombra del campanil se le arrima a los pies.

En cuáles menesteres debe de andar el sol.

*his wicked sense of humour*

*suggests exciting sex*

*his fingers focus on her*

*touches, he's Venus as a boy,*

afirma la islandesa. Más vale no escucharla. Mal inglés  
y peor poesía.

Circula el porro, por fin, desde Rocío hasta el hombre que está  
olvidándola allí mismo.

— ¿Nunca has hecho el amor en una iglesia?

— Yo nunca hago el amor. No me gusta la expresión. Yo follo,



yo jodo, yo, en todo caso... Déjalo.

— Ah. ¿Qué dice?

— *I don't know my future after this week-end*, no sé qué va a ser de mí cuando pase este fin de semana. Ya podías haber aprendido inglés.

— Bueno, pero ¿has follado en una iglesia o no?

— No. Es uno de los millones de sitios en que no he follado.

El interior de la iglesuca puede albergar serpientes recién huidas del pisotón de la Diosa María.

Altar arrancado, suelo en fragmentos, cascotes por todas partes, la pila bautismal intacta.

Se baja los pantalones y las bragas, se los deja colgando de un solo tobillo, y se aúpa a la pila bautismal.

Veo su pelo púbico muy recortado, sometido a las normas del bikini.

Veo sus labios chatos, gruesos, ligeramente relajados por la parte central.

Yo soy ateo desde siempre, nato, y no me excita el sacrilegio, pero los muslos sí, y el morbo ajeno.

Cuesta gimnasia, pero se va logrando.

Hay que ahuyentar a un perro.

Ella chilla su máximo, con afán y denuedo, para que Dios se entere de que le están metiendo un pecado grandísimo —y jódete, Señor.

O como se diga en la lengua nativa de la islandesa.

Yo me aburro

todo lo que uno se puede aburrir en tales circunstancias

sin molestar el pasatiempo ajeno,

encorvado contra a un pila bautismal en que se despatarra una ex alumna de colegio de monjas con un celemín de hostias en la conciencia,

follándole en la cara a su Jehová,

pero sintiendo poco, por la mala postura.

Al final se me aprieta contra la eyaculación, como si fuera a usarla, como ansiosa de proyectos que la presencia en su útero de un plástico extraño hace rotundamente improbables.

Corto, muy corto. De aliño. Y la islandesa ulula:

«Desde que te conozco

en este pueblito no caben  
mis grandes sentimientos.»

La sombra del campanil está enmoheciendo el automóvil.  
No me gusta lo recién vivido, me da vergüenza. Me da ternura.  
Por ella. Por ese morbo tan quizá comprensible, no lo sé, pero  
tan fronterizo del ridículo.

No la amo.

Le beso en cambio los nudillos de la mano izquierda,  
arranco el motor, piso el embrague, meto primera, voy dando gas  
y según nos ponemos en movimiento  
le comunico  
«Después de este fin de semana ya no te olvidaré jamás.»

Se acurrucó, tranquila, en la memoria. Llegó dormida a la ciudad.

No sé si despertó lo suficiente como para contarle al marido lo  
bien que lo había pasado donde fuese con sus compañeras de  
trabajo.

(Hay relación de brillo entre la **sal** y el **fuego** y la **mirada**.  
Y la **memoria** es **sal** que va quedando, o restos del **in-**  
**cendio** o destellos de **luz** en lejanías turbias.)

### 38. OHLA MEMORIA

Dos edificios, desde el tren.

Ladrillo amarillento, lacio.

Persianas de metal, con las ranuras torpes y la herrumbre al acecho.

Portales de hojalata.

Entre ambas edificaciones, en declive, hacia el talud de vías, descendiendo un prado de dimensiones ricas,

y por su centro una escalinata de cinco o seis niveles, ancha y de un gris que empapa el sol sin reflejarlo.

Ocupan los peldaños docenas de adolescentes recién salidos del *lycée*.

Emparejados, *la main dans la main, les yeux dans les yeux* (estoy citando a Françoise Hardy).

Estos muchachos recordarán sus primeras vehemencias en semejante decorado.

Y lo verán con luces

en la memoria.

Oh Mnemosine: ¡qué desastre!

### 39. CIUDAD DE PASO

**M**e mira la vieja  
 y esconde la mano.  
 Me mira la vieja,  
 sentada en el banco.  
 Me mira la vieja,  
 masticando la corteza  
 del mendrugo que reparte  
 con las setenta mil palomas de la plaza,  
 en el banco  
 donde se sientan las estatuas de material inoxidable.  
 Es la ciudad de paso.  
 Qué Europa tan europa.  
 Me mira la vieja y esconde los ojos  
 Me voy de aquí.

Gótica y pastelera, quizá, esta ciudad de paso hacia mi sorprendente desenlace.

– Hubo días y noches (seis o nueve) en que se negaba el mundo a aceptar mis chantajes y extorsiones. Y tuve que aplicarme en la violencia para atajar el ansia de matar inocentes o de salir dando un portazo. Pero los inocentes que sin duda conozco ya no me quedan en la memoria; y del mundo jamás se ha salido más que por puertas que no me gustan, porque están pintadas en lo más falso y fácil del espíritu —dije,

abstruso, pedigüeño, modoso, cincuentón. Mi táctica seductora: amagar la violencia universal y subrayarla de ternura.

[¿Le chistaron los ojos en comentario verde? Es maliciosa y ágil: así las mujeres más fuertes y más bárbaras. Siempre. Moldean sin piedad.]

— No disparates —contestó—.

Hacia ti me desplaza, sobre todo,  
 el atractivo de mis dientes

en tu mirada;

el carnicero tirón de mis dientes, que yo jamás percibo con el mucho esplendor que tus ojos describen. Y me gusta en la punta más íntima del sexo

que tu cabeza me desee.

—Hoy me noto patético. Recházame. (Insiste yo.)

—No, de veras: prefiero  
 invitarte a gozar algo a mi costa,  
 verte comer de mí,  
 descomponer la compostura, hartarte;  
 sentirme alimenticia por tus ganas.

Y eso que,  
 a veces,  
 la tristeza,  
 ¡figúrate!

—Y quién no la conoce, después de tantos años como digo que tengo.

Pero tú maravíllame. Déjate para adentro los detalles románticos.

Luz de musgo en las casas

de enfrente, bajo el cielo;

la cansada energía, resignada al cansancio:

se está muriendo el sol y hay que aguantarse en el Averno,  
 entre los pálidos fantasmas de sangre alechigada.

Luego llega Prosérpina.  
 (Hasta que una vez no.)

Ella, a horcajadas sobre mí, grandísima, en el sofá, ambos vestidos, se deja abrir (terminar de abrir) el albornoz y ríe:

—¡No me mires las tetas de pera!

—Son muy simpáticas.

—Y ¿dónde está tu carne? Eres todo jersey.

—Me la he dejado en el hotel. No creí que me fuera a hacer falta.

—¿Vamos a la cama a torturarnos un poco?

El guardián del baldaquino esquemático se interponía desde la almohada, en postura de estrella: ¡no me toques la infancia! (ningún hombre, jamás, ha tocado la infancia

de las mujeres).

Un títere de Pinocho anterior a Walt Disney.

Bah.

Depiladísima, pero le quedan brotes gruesos y oscuros, de raza equivocada, en la bajante del ombligo.

Y el pelo púbico chapodado: arbusto de escaso follaje, de color castaño, como suelen las rubias no tan rubias.

Solicita que le separe el máximo los muslos y proclama escasez de experiencia.

(Antes ha preguntado si no me importaba que no hubiese penetración, porque no está «tomando nada». Al cabo de cinco minutos se lanza en aparatosas cuentas con los dedos de entrambas manos: «me toca tal día, me faltan tres, ¡yo creo

que podemos!».)

Cremosa al entrar.

Atlética (con las piernas en ángulo recto hacia arriba).

Y ninguna experiencia es suficiente, nunca, para ninguna mujer:  
todas recuperan la virginidad al menor descuido.

En pocas se perciben las huellas de nadie.

Una mujer tiene que apreciarte en muy poco para acostarse contigo sin ser virgen.

Para acostarse contigo dejándose las marcas.

Aunque más tarde o antes, hablando, se contradigan:

— Eres un buen amante, ¿sabes? Es la primera vez en mucho tiempo que no tengo que fingir. Una se harta.

Pero ese privilegio, ese otorgamiento de placer (incomprobable), nos propone otra forma de virginidad.

El placer es un método de seducción, y todos los métodos de seducción aplicados por la mujer al hombre vienen a ser formas de la virginidad o de su violación.

Por eso fingen aparatosamente.

Y gimen tu nombre único entre todos los nombres.

¿La virginidad es necesaria y óptima porque la madre es la sola mujer auténticamente virgen, la inaccesible pura?

Tachaban el cielo, luego;

y las aceras sucias, qué sorprendente, en plena Europa;

y un nuevo corazón a desechar.

Dice que a veces

le llega la tristeza a los tobillos:

—Esta ciudad sin luz es triste,

y detesto casi siempre las perfecciones de mi raza.

Pero sabe invitar.

Y el cuerpo es suyo.

Comí con apetito casi joven.

Al salir, lo restante:

enternecerse en las esquinas,

alisar las arrugas del porvenir.

El golpe

en el pecho.

Lo dijo:  
—Al verte, el corazón  
me dio un golpe en el pecho.

A estas alturas,  
yo,

moviendo corazones de su sitio. ¿Comprendes?  
*Du calme.* La ternura  
se me traba en los pies.

Sentirse solo y arropado  
por los adornos confiteros de esta ciudad burguesa,  
rica en colesterol,  
donde el mal, en efecto, es un pecado juvenil de la Historia,  
donde todo está bien en un mundo correcto y bien criado.  
Los hermosos vehículos de robustos motores,  
sin haber menester de semáforo alguno,  
sin policía,  
se me paran sumisos en los pasos de cebra.  
Igualito que en París.  
«No compares», me dije, «no compares».

Me mira la vieja  
y esconde la mano.  
Me mira la vieja,  
sentada en el banco.  
Me mira la vieja,  
masticando la corteza  
del mendrugo que reparte  
con las setenta mil palomas de la plaza,  
en el banco  
donde se sientan las estatuas de material inoxidable.  
Es la ciudad de paso.  
Qué Europa tan europa.  
Me mira la vieja y esconde los ojos  
Me voy de aquí.

## 40. CIUDAD DE DESTINO

Acarterada, dura, descarnada.

Hace su ingreso el hombre extraño que jamás habitó su recinto.  
Al salir del hotel ha crecido la noche hasta el reloj electrónico de  
Telefónica: puntos rojos que van coagulándose, recién llega-  
dos del espacio infinito pero mensurable, dispersión concre-  
tada al azar, igual que yo.

A esta hora en los hornos se inflaban los trigos,  
antaño,  
cuando los hombres eran lentos

(cada pan un verano diminuto).

Ya no queda una sola tahona callejera,  
ningún chaflán adornado, noble, suave, sin perfiles inhóspitos,  
con un pequeño torno para servir la hogaza.

En ninguna ciudad.

Tampoco en ésta.

Ha crecido la noche y son esquinas de fortín bancario con los  
colores subastados a gritos, solares de basura corrosiva, esca-  
parates en turno de imaginaria, solicitando compras inminen-  
tes, fachadas de sombras viscosas.

Cuánta ciudad y qué revuelta:

achinchetadas

por sus partes verendas a las marquesinas y las zonas lisas (pu-  
blicitarias) de los edificios,

las farolas niquelan,

primorosas,

muy por debajo del reloj,

las jetas desamparadas  
de los camellos minoristas,  
del baratillo de pecadores,  
de putas y mironeros.

Miro yo,

tirando de la cinta y frunciendo la bolsa de la memoria, con los  
cromos dentro, y los güitos de albaricoque y las fotos de bor-  
des rizados y los teléfonos de manivela y operadora y las ra-  
dios de lámparas y las cestas de huevos enterrados en paja y el  
agua caliente de fogón y la pelota de trapo y cuatro automó-  
viles por las calles y mirar el dinero y dar la vuelta a las cha-



quetas viejas de mi padre y los juguetes de hojalata y qué sé yo más donde nací; con la cabeza trocada en museo, sin ganas de conservar lo desechable —que sólo quiero mío porque lo viví—, con ganas de entender ese reloj que señala las horas postuladas del futuro —que sólo no quiero mío porque no alcanzaré a vivirlo—.

Con ganas de amar esta luz sucia que alumbra la canalla.  
 Con ganas incluso de amar a estos canallas  
 que sí tienen la culpa,  
 que sí son responsables,  
 que sí podrían ser bondadosos y bellos y ricos,  
 en otros mundos,  
 pero que aquí son libres como virus y gozan del mismo albedrío  
 que el virus para elegir sus actos.

Acanterada, dura, descarnada.

Acaba de llegar el extranjero.  
 Y en verdad que HOMO SUM  
 y que HUMANI TOTUM A ME ALIENUM PUTO,  
 que todo lo humano me es ajeno, porque  
 todo lo humano me va excluyendo sin crueldad ni premeditación,  
 con la sencilla indiferencia de la biología.  
 Deja paso a la joven juventud más juvenil, vejete de futuro anti-  
 cuadizo,  
 que sigues soñarrajeando,  
 con libertarte de tu ¡maldita!  
 circunstancia,  
 y ser tu ser en sí, *ton être en-soi*;  
 y —esteee— conocete a ti mismo, che, mirá  
 (supongamos que fueras argentino,  
 igual que muchitantos como rumbean las aceras  
 con el culito corazón, buscando puta que hacer rentable).  
 Retira de tu ser la circunstancia; apúntate a mirón. Sólo solo sólo  
 solo. Desde lejos.  
 Qué ciudad tan urgente y tan ansiosa de ser, qué flacucho el reloj  
 que le mide las prisas: un esprái de electrones contra el pare-  
 dón de la noche.  
 Se está constituyendo, la ciudad-universo en implosión,  
 concentrándose,  
 hiñéndose una masa de sustancia.

¿Es de catástrofe ese ruido? Habrá que evitar los vehículos blancos. Las ambulancias encabritadas, la policía portadora de valores eternos.

Acanterada, dura, descarnada:

la ciudad hace libres los cachitos de yo que van regulando trivialmente la toma de decisiones tremendísimas,  
 como venirse para siempre a vivir donde nunca has pensado que pudiera vivir la raza libre de los hombres,  
 comprarte un piso,  
 solicitar el NIF,  
 apuntarte al país que te tiene agarrotado por el cuello desde la tierna infancia,  
 a pesar de los años de escapatoria.  
 Pero qué libérrimos somos con la persona hecha mendrugos,  
 en el hato, a la espalda,  
 de desayuno o de merienda.  
 Respira,  
 respira libre,  
 tú  
 quién seas  
 a quién le importa.

Bah.

Y eso  
 que ves alrededor es amenazas  
 exactamente  
 y mal aliento:  
 un temor de resortes te salta en los testículos navajones,  
 frente al escaparate de los libros (donde se explican las nuevas eras que nunca sucederán, porque son pura víspera, como todo lo noble, como todo lo ingenuo —lo hecho y sucedido siempre será plebeyo, y nada puede *hacerse* sin cálculo y cinismo), recién tachado por algún pintanecio de la cultura de clic y de mural.

¿Ya no pasan las *aes* orondas y erguidas  
 por el aro de la acracia?

¿Acracia?

Españolísima.

Olvidada.

Es el reloj recién escupido en el charco de la noche, con los gru-

mos flotantes al paio,  
 en la ciudad acribillada de cubículos luminosos donde viven  
 ciclopes encajonados — hijos de Zeus y la diosa Banca—, de  
 cuya boca deslabiada y ranural brotan riquezas que distribu-  
 yen los enanos cabezones en su infinito chafardeo electrónico:

chi p chi p chi p

Si aciertas con el tótem de tu tribu bancaria,  
 si encajas en la raja la tarjeta correcta  
 y tecleas tu número secreto, tu verdadero nombre,  
 recibirás dinero y libertad oh tanta

*money money money money money money money money money*  
*money money money money money money money money money*  
*money money money money money money money money money*  
*money money money money money money money money money*

como c/c te tengan asentada  
 en el número.

«Me gusta ser un número».

Todo macho disfruta con el número puesto.

Da calorcillo, nena,  
 militariza,

te sitúa entre hermanos espartanos.

Si soy el cinco mil trescientos veinte  
 hay por lo menos cinco mil trescientos diecinueve  
 compañeretes — y lo que cuelgue, siempre  
 lo que cuelgue.

A las tías os falta  
 el sitio para el número: las tetas  
 se confunden.

¿Comprendes?

Buscan hijo.

*Dan* de mamar.

Y la entrepierna,

con tanto pelo para tan poca punta,

tan incapaz de alarde, de adorno, de presunción, de pavoneo, de  
 mear hacia arriba y en parábola.

Qué ciudad. Qué enamorada de sí misma, con qué poco primor.

Qué reloj.

Qué calofrío hace esta noche.

Acanterada, dura, descarnada.

¿Cuántas razas conoce la pasma que celosa combate la terrible  
invasión de los gorriones extranjeros,  
en su lánguido intento de fagocitar la pobre riqueza de esta Na-  
ción irrealizable?

Los japoneses son  
los únicos benéficos:  
la tienen pequeñina  
y consuelan al blanco por el negrazo rabilargo.  
En lo arriba del cielo han desenroscado la casi totalidad de las es-  
trellas,

para ahorrar en energía cósmica lo que se va en relojes  
y en periodistas nocherniegos.

No hay país de la Tierra en que regocen tanto  
las ínclitas razas ubérrimas de los llamados medios de comuni-  
cación.

Cientos de correveidiles escarban los aburrideros donde se pin-  
chan discos y los pubs más muelles donde mejor se bebis-  
quea, con todas las Relaciones Públicas de todos los locales  
pendientes de sus más hastiados mohínes, hasta que sangra la  
costra del cielo y por el boquete asoma el sol.

¿Los periodistas la tienen muy larga?

Azote de las hembras con el sexo expedito.

Azote de los padres de la Patria con la voluntad en bandolera.

Azote de todo pelagatos que no trabaje para algún magnate de la  
Prensa y no sea por tanto independiente, ¿me sigues, encanto?

Porque nadie es honrado si no trabaja para la grandeza del Cuarto  
Poder, grandísimo poder, jamás sostenido en los votos de  
cuatro transeúntes, sino en macizas pacas de millones bien al-  
bergados en los Conejos de Administración (oh delicioso  
erratear el mío),

querida — y esta noche

van que lo preñan todo: no resistas

al encanto

de su bloc (que no llevan: da igual; los tiempos han cambiado, ya  
no son el repórter Tribulete; tampoco gastan gabardina ni  
sombrero; se apañan con lo que buenamente se les detiene en  
la cabeza, les sobra con la vestimenta inspirada en el modelo  
del Director —mientras dirija).

Dura civitas, sed civitas.  
El zángano acaba de recuperar a su abeja reina.

Acanterada, dura, descarnada.

V	Aquí no reside Su Majestad,
i	ni Su Señora,
v	ni Su Príncipe,
e	ni Sus Infantas,
le	aquí, por los parajes que apesta la chusma con sus alientos de mala frasca y sus porros de mierda prensada por un infiel.
R	No revueltos aquí,
o	Su Majestad,
i	ni Su Señora, ni Su <i>Príncipe</i> ,

ni Sus Infantas,  
con la noche manchada de chancros como chorreras de chicharras de chocarrera luz:  
las majestades duermen sobre diez cañamones  
y un colchón,  
y sólo se despiertan con las salvas del cumplidinastías

**¡bum bum bum!**

para aplaudir las bendiciones de la ley sálica que no permite reinar a las mujeres primogénitas  
y así no se estropean  
y pueden moquearse de éxtasis ante la gallarda y subida apoliteidad del Príncipe.  
Que la tendrá muy larga, la vida, quién lo duda, con tanto trono tan moderno,  
tan monísimo,  
comparado con los sillones del Ateneo,  
y el chafarrinón morado cacocromático de la república.

**Acanterada, dura, descarnada.**  
Acantonada, dura, descarnada:

A ti regreso, donde nunca estuve,

derrotado en mi empeño de morir extranjero e infiel.  
Un reloj rojo, sagrado corazón sangrante, hostia recién alzada  
para que el tiempo la acribille.  
La mísera canalla.  
Cuántos ojos tendrían que mirarme.

. . . .

Éste es mi último poema.  
Estoy en Madrid, de camino hacia alguien con quien nunca estuve en Madrid.  
Me aúpo a la esperanza que tantos años dejé crecer por mis adentros.  
No quiero más despilfarros.  
Me enrolo en la avaricia.  
Prometo no merodear por las ciudades nocturnas nunca más.  
Prometo cumplir los treinta años, prometo que los cumpliremos juntos, en cuanto convengamos.  
Puede que deje de fumar.  
Puede que beba menos —casi nada.  
A lo mejor me compro lo poco que me queda por comprar.  
A lo mejor me empeño en ser feliz.

Saludaré a esta gente, por la calle:

Hola, gente  
Nunca estuvo mi vida entre vosotros.  
Qué sorpresa encontrarme por aquí,  
esperando a una chica con quien pasé un verano crecedero, cada vez más enorme, en mi ciudad  
hace ya treinta y un años.  
Esperando a una mujer de cincuenta años a quien amo con veinte.  
Ni siquiera sé cómo nos reconoceremos cuando vaya pasado mañana a recogerla en el mismo aeropuerto donde nos despedimos,  
pero a lo mejor no hay muchas americanas bajando del avión procedente de París.  
He buscado una ropa parecida a la que llevaba aquel día, unos vaqueros y la camisa que más me gustaba aquella temporada;  
ella me ha asegurado por teléfono que por una increíble serie de

casualidades todavía conserva el suéter de su *college* y la falda vaquera con que se embarcó aquel día, y que se los ha probado, y que el suéter se le ciñe un poco en los hombros y el pecho, y que la falda embute sus caderas, pero puede ponérselos.

Está divorciada de marido y amante y ha parido una hija, ya mayor, pero siguen valiéndole los veintipocos años.

Yo no sé si entraría en mis *blue-jeans* antiguos, si los hubiese conservado.

Y qué más da.

Desde el verano de 1964 al verano de 1995  
sólo ocurrieron  
cosas indignas de mención.

Pasado mañana...